COMEDIA FAMOSA.

DE UNA CAUSA DOS EFECTOS.

DE DON PEDRO CALDERON DE LA BARCA.

PERSONAS QUE HABLAN EN ELLA.

Federico, Duque de Mantua.
Fadrique, ſu hijo.
Carlos, ſu hijo.
Pernia, truhan.
Filiberto, Duque de Milan, viejo.
Diana, Infanta de Milan.
Eſtela, dama.
Flora, dama.
Niſe, dama.
Clori, dama.
Enrique, criado de Fadrique.
Marcelo, criado de Fadrique.
Fabio, criado del Duque.

JORNADA PRIMERA.

Salen el Duque Federico y Fabio, y el Duque trae una carta; y por la otra parte ſale Enrique.

Fed. QUE hace Carlos?
Enr. Todo el dia
encerrado con Platon,
y Ariſtoteles (que ſon
luz de la filoſofia)
ſe ha eſtado, ſin permitir
que entra à verle, ſino ſolo
ſu maeſtro, nuevo Apolo
de nueſtra edad. *Fed.* Divertir
no quiero el noble exercicio
de ſus eſtudios, que aunque
es mi hijo, y en él fue
mas curioſidad que oficio,
el ſaber, tanto he eſtimado
el deſeo, la aficion,
el guſto y la inclinacion,
con que à las letras ſe ha dado,
que no le quiero eſtorbar
un punto, por conocer,
que tiene mas que ſaber
quien tiene mas que mandar.
Direisle, Enrique, en eſtando
deſocupado, que yo
vine à buſcarle, y que no
quiſe embarazarle, dando
à ſus eſtudios lugar;
que me vea, quando eſté
deſocupado, porque
tengo coſas que tratar
con él, que importan. *Enr.* Asi,
gran ſeñor, ſe lo diré. *Vaſe.*
Fed. Ahora (pueſto que fue
la ocaſion, Fabio, que aqui
me tráxo, hablar en un caſo
à mis hijos) pues eſtá
Carlos prevenido ya,
à ver à Fadrique paſo
à ſu quarto, porque asi
mi amor à los dos iguale.
Fab. Marcelo del quarto ſale.
Sale Marcelo.
Fed. Marcelo?
Marc. Qué mandas? *Fed.* Di,
qué hace Fadrique? *Marc.* Señor,
ahí le dexo entretenido
con un juglar, que ha venido
à Mantua, de extraño humor;
haciendo burlas con él

toda la mañana ha eſtado.
Fed. Qué tiempo tan bien gaſtado!
y qué diſtinto de aquel,
que en eſtudios divertido
todo el dia ſe ocupó!
Y qué dignamente yo,
quejoſo y agradecido,
à un tiempo guſto y peſar
hoy, hallando à los dos, mueſtro,
al uno con ſu maeſtro,
y al otro con ſu juglar!
Y pueſto que à aquel dexé,
por no eſtorbar exercicio
tan juſto, de eſte, que es vicio,
la ocupacion entraré
à embarazar. *Dent. Pern.* Ay de mi!
Ruido de riſa dentro, y ſale Pernia eſcupiendo ſangre.
Dent. Fad. Tenedle.
Pern. Jurado à Dios,
no paren. *Fed.* Qué es eſto? *Pern.* Vos
eſtais, gran ſeñor, aqui?
Fed. Aqui eſtoy, y ſaber quiero
quien ſois, y por qué os quejais.
Pern. Huelgome, porque me hagais
una juſticia que eſpero.
Quien ſoy, no habré meneſter
decirlo, pueſto que ya
la querella lo dirá,
que ante vos he de poner.
Fed. Decid. *Pern.* Aqueſta mañana
en aqueſe quarto entré
de vueſtro hijo, porque
à mi me hace el guſto llana
qualquiera entrada. *Fed.* Asi,
ya sé quien ſois.
Pern. Pues, deſpues *Cubreſe.*
de haber dos horas ò tres,
que chiſtoſo padecí
baldones de ſobrenombre,
del Principe, hinche y encaxe,
agudo alfiler de paje,
deſcozon de gentilhombre,
ſe reſolvió la queſtion
en que una muela vendiera,
aunque de extraña manera
concertóſe en un doblon
de à quatro, y porque provoque
à mas riſa, y à mas fieſta,
fue el barbero una balleſta,
y ſu gatillo un bodoque.
Una cuerda de vihuela
fuerte en el bodoque ataron,
y el otro cabo apretaron
en la condenada muela.
Con gaſa el arco ſe armó,
y en el ayre diſparado,
el tal bodoque enramado
tras sí la muela llevó
donde el ayre fue ſervido.
Yo, pues, para mi conſuelo,
al doblon de à quatro apelo,
y en ſangrienta voz le pido.
Dice el Principe, que no
(aqui entra la querella)
era (qué maldad!) aquella
la muela que él concertó.
Porque habiendo yo, ſeñor,
dicho, que barato hacia
de ella, porque la tenia
dañada, y con gran dolor,
dice, que ſe ha de apurar
ſi era aquella, ò no era aquella;
y asi, que vaya por ella,
ò no la quiere pagar:
ahora alego yo en tu ſala,
que mia ſerá la pena,
pues le he vendido la buena,
y me quedé con la mala.
El dice, que la dañada
concertó, y que no cumplí,
que no ha de pagar, ò aqui
he de padecer gatada.
Fed. Qué es gatada? *Per.* Atento eſcucha
diréteIo en breve rato:
Ataſe à una ſoga un gato,
y cuelgaſe à una garrucha;
eſte ſe ha de recibir

apor-

aporreado en tal lugar,
que por ser particular
no te lo puedo decir:
de suerte, que quando baxa
con su colera rabiosa,
como la parte es ventosa,
como ventosa, la saja;
tiran del gato, despues
que muy bien la presa ha hecho,
y llevase un hombre al techo:
esta la gatada es.
Mira tu con tu cordura,
si aquesta es pieza tan leve,
que será bien que la lleve
la muela de añadidura.
Fed. Qué crueldad! qué tirania!
Nombre de hombre no merece
quien tal hace, y tal padece.
Vos como os llamais? *Pern.* Pernia.
Fed. Justo es que yo satisfaga
vuestra queja. *Pern.* Gloria à Dios,
que hay justicia. *Fed.* Pedis vos
mas de que justicia os haga?
Pern. No pido mas de que notes,
si habré merecido bien
el doblon. *Fed.* A ese hombre den
el doblon, y cien azotes.
Pern. Basta el doblon. *Fed.* No hace tal;
llevadle presto. *Pern.* Por qué
tal rigor en ti se ve?
Fed. Por vagamundo, y por mal
entretenido. *Pern.* Señor,
que oigas mi disculpa pido;
si soy mal entretenido,
soy buen entretenedor:
con que à tu justicia atajo
la instancia de vagamundo,
pues nadie vivió en el mundo
mas que yo de su trabajo.
Fed. Llevadle. *Pern.* Pues para qué
en eso se han de ocupar?
no tienen que me llevar,
que yo, gran señor, me iré
Fed. Pues idos de Mantua luego,
porque no habrá apelacion,
si os hallo en otra ocasion.
Pern. Nada en mi descargo alegó;
tus ojos no me verán
mas en Mantua desde hoy,
y de no parar, te doy
la palabra, hasta Milan,
donde mas, que Principotes,
de mi su Infanta gustó:
cobre usted el doblon, que yo
le libro por los azotes. *Vase.*

Sale Fadrique y criados.

Fad. No le tuvierais aqui,
para que con él hiciera
otra burla. *Fed.* Ténte, espera.
Fad. Señor, aqui estabas? *Fed.* Sí,
aqui estoy, viendo y sintiendo
en quan buena ocupacion
divertido estás. *Fad.* No son
culpables, segun entiendo,
en mi estas ocupaciones:
en qué me he de entretener,
sino en cosas de placer?
Fed. Dices bien, pero en acciones
mas nobles, Fadrique, está
de los Principes el gusto:
no hay divertimiento justo,
que pueda ocuparte? *Fad.* Ya
querrás persuadirme à que,
como Carlos, todo el dia
estudie filosofia,
y sobre un libro me esté,
con un maestro viejo al lado,
hablando siempre de veras:
tu, señor, no consideras,
que yo no he de ser letrado?
Fuera de que no he nacido
tan necio, que haya de que
murmurarme, que bien sé
quanto à un Principe es debido.
Una cosa es estudiar,
y otra cosa es, no saber
mas de lo que es menester.
Fed. Sea asi, que si apurar

qui-

quise al discurso el rigor,
fue, porque hallarte condeno,
sino, hijo, en lo mas bueno,
divertido en lo peor.

Fad. Es lo peor à un juglar
hacer una burla? *Fed.* Sí,
que es crueldad tratar asi
à un hombre, y es enseñar
à rigor el pecho. *Fad.* Si él
pone en precio su castigo,
él es cruel consigo,
que yo no lo soy con él.
La crueldad fuera tener
con tales hombres piedad:
y en fin, si aquesto es crueldad,
en qué me he de entretener?

Fed. Que hay mil exercicios, nota,
dignos, danzar, tornear:
no hay caballos? no hay jugar
armas, trucos y pelota?

Fad. Yo danzar y tornear? No
será mas grandeza, di,
que otros me hagan fiesta à mi,
que no hacer fiesta à otros yo?
Ponerme à caballo, igual
riesgo tiene; porque quien
me ve andar en él mas bien,
me dice que le he hecho mal.
En quanto à armas, q̃ hay destreza
no ignoro, que tiene maestros
insignes, mas los mas diestros
sacan rota la cabeza.
Y asi, no quiero aprender
ciencia de tan grande engaño,
que se sabe todo el año,
y no quando es menester.
Pelota y trucos, servil
exercicio son, molido
me han de ver de haber corrido
tras un cuero y un marfil
todo el dia? *Fed.* No te da
envidia, quan celebrado
Carlos vive? quan amado
de toda la Corte está
por aquestas gracias? *Fad.* No,
tenga él su habilidad,
que en mi es mas autoridad,
no tener alguna yo.
De un parto habemos nacido
los dos, sin saber qual fue
mayor, y yo pienso que
mayor debo de haber sido,
al ver sus habilidades;
y en justa razon lo fundo,
que es muy del hijo segundo
nacer con agilidades.

Salen Enrique y Carlos.

Carl. Dixome Enrique, señor,
que en mi quarto me has buscado,
y sentí no haberme dado
cuenta de tan gran favor,
para que luego viniera,
arrojandome à tus pies,
à besar tu mano, que es
el punto, centro y esfera
de mi vida, y à saber
en qué te puedo servir,
puesto que tardé en oir,
no tarde en obedecer.

Fed. En dos forzosos intentos
hablar à los dos quisiera:
salios todos allá fuera; *Vanse.*
estadme los dos atentos.
Ya sabeis las grandes guerras,
que heredados enemigos,
el gran Duque de Milan,
Filiberto y yo tuvimos.
Ya sabeis à quantas ruinas
estos Estados rendidos,
para padecer se vieron
el ultimo parasismo.
Ya sabeis, en fin, que de uno,
y otro el poder extinguido,
hizo la necesidad
treguas, que el valor no hizo;
y que él y yo retirados
dos años ha que vivimos,
ahorrando sañas, que el tiempo
gas-

gaste despues en castigos.
En este intermedio, pues,
Filiberto ha pretendido
muchas veces mi amistad,
con cuerdo y prudente aviso.
A que yo, ni despidiendo,
ni aceptando, he respondido
neutral siempre, por tener
abiertos los dos caminos
de la paz y de la guerra,
no negandole mi arbitrio
el uso de la eleccion
que le dicten sus designios.
Pues hoy Filiberto ha hallado
un medio, con que ha podido
obligarme à hacer las paces,
sin dexar à mi alvedrio
que dudar, ni que elegir,
porque viene con partidos
tales, que han sabido hacerse
de voluntarios precisos.
Con Lotario, un deudo suyo,
que à Mantua de Milan vino,
me escribe que: mas la carta
mejor que yo ha de decirlo.
Lee. Muchos medios ha buscado
el deseo y gusto mio,
para que entre los dos cesen
nuestros rencores antiguos.
A ninguno vuestra Alteza
derechamente ha salido,
sino respondiendo siempre
sospechoso en sus estilos.
Yo, deseando acabar
de una vez con homicidios,
desdichas, estragos, muertes,
pérdidas, robos, delitos,
que siempre acarrea la guerra,
de mi parte determino
hacer todo lo que puedo,
por hacer virtud del vicio.
Diana, mi unica hija,
sea el iris, cuyos visos
creamos los dos, serenen
diluvios, que no ha podido
el tiempo; y asi, os la ofrezco
para uno de vuestros hijos.
Fadrique y Carlos nacieron
juntos, y segun he oido,
la vida de mi señora
la Duquesa, en el peligro
de su parto, embarazó
las matronas, que en olvido
pusieron en señalar
al primero; y pues los miro
tan iguales à los dos,
de los dos ninguno elijo.
El que vos quisiereis, sea
su esposo; pero advertido
de que ha de heredar mi casa,
renunciando por escrito
todo el derecho à la vuestra,
y mis armas y apellido
ha de conservar; con esto,
yo habré el gusto conseguido
de echar la guerra de Italia,
y vos vereis convenidos
à los dos, sin que ese estado
llegue à verse dividido;
supuesto que el que dexáre,
por ser heredero mio,
de serlo vuestro, Diana,
y Milan, bien imagino,
que pueden desagraviarle.
De esta conveniencia fio
tanto, que ya como cosa
hecha y asentada firmo.
El gran Duque de Milan,
Filiberto vuestro amigo.
Esto escribe el Duque, y yo
gustoso y agradecido,
à sus deseos, intento
responderle con los mismos.
A ninguno está mejor
que à mi, pues asi consigo
(como él dice) que mi Estado
nunca parcial, ni diviso
llegue à verse, y que los dos

dos

dos Eftados tan altivos
tengais? Lo que refta ahora
es, como hermanos y amigos,
que los dos os convengais.
Milan, Eftado es mas rico,
que Mantua; fi de la patria
el heredado cariño
os llama, en Diana hermofa
difculpas hay, convenios,
que uno ha de cafar con ella,
y otro ha de mandar conmigo.
Carl. Con tu licencia, feñór,
y de mi hermano, imagino
que hablando el primero yo,
eftá todo concluido.
Fed. Di. *Fad.* Lo que Carlos elija,
puefto que es tan entendido, *ap.*
ferá lo mejor; y asi,
lo que el eligiere elijo.
Carl. Bien te acordarás, feñor,
que à Mantua la nueva vino
de unas juftas de à caballo,
que el gran Principe de Urfino
como deudo de Diana,
mantenia en fu fervicio;
fuftentando, que era ella
de amor el mayor prodigio.
Bien te acordarás tambien,
que à tu obediencia rendido,
te pedí, para ir à verla,
licencia, y que tu indecifo
me la negafte, temiendo
que yo fuefe conocido
en la Corte de Milan,
fiendo el Duque tu enemigo.
A que yo te di palabra
de ir fecreto y efcondido,
tanto, que nadie fupiefe,
que era, gran feñor, tu hijo.
Que me la otorgafte, en fin,
y que yo nada lucido
fali de Mantua, quitando
à tu temor los indicios:
pues oye defde aqui ahora
lo que hafta aqui no has fabido.
Aunque de Mantua falí
de la manera que he dicho,
ya tenia yo en Milan
mis caballos prevenidos,
criados, armas, libreas,
joyas, plumas y veftidos.
Llegué à Milan de fecreto,
antes de la jufta, cinco,
ò feis dias, la Ciudad
llena hallé de regocijos,
à que yo, como extrangero,
muy particular afifto
de dia; pero de noche
el mas galan y lucido
de mafcara à los feftines
de Palacio iba: no pinto
de ellos la grandeza ahora,
por no parecer prolixo.
Solo no podré efcufarme
de pintar el peregrino
bello celeftial fujeto
de Diana, donde quifo
efmerarfe el cielo todo,
pues tan de efpacio la hizo,
que fue fingular cuidado
de fus eftudios divinos.
Las poeticas pinturas,
los retoricos eftilos,
que de los rayos del fol
han coronado los rizos
de una beldad, que de grana,
y nieve han hecho los vifos
de fus mexillas, mezclando
los dos colores diftintos,
que arcos de amor à las cejas,
à los ojos dos zafiros,
menudas perlas los dientes,
los labios claveles finos
torneado alabaftro el cuello,
las manos marfiles lifos;
fi es que lo han dicho por ella,
verdad, gran feñor, han dicho.
No vió el fol tal hermofura,

en quantos rumbos y giros
hay de un Polo al otro Polo
por azul campo de vidrio.
Víla, y améla, señor,
y todo tan de improviso,
que no sé si haberla amado,
fue aun antes de haberla visto.
Absorto quedé al mirarla,
y tanto, que suspendido,
à mi mismo, de alli à un rato
me pregunté por mi mismo.
No digan, que ha menester
tiempo Amor, porque si ha sido
Dios, (en Dios no se da tiempo,
presentes tiene los siglos.
Empezó el sarao por ella,
porque el Principe de Ursino
la sacó à danzar, y yo,
que tan ayrosa la admiro,
me cobré, diciendo à voces
à mi confuso alvedrio:
Albricias, que no es deidad
imposible la que sigo,
muger es, puesto que hacer
tantas mudanzas la miro.
Al maestro del festin
lugar pedí, habiendo dicho
un nombre supuesto, y él
me le concedió. En el sitio
apenas me puse, quando,
(aqui no importa el decirlo)
el precio de mas galan
me dieron, Amor lo hizo.
Danzé con ella, sin darme
la mano, porque es estilo,
no dar la mano la Infanta
à nadie; y asi, de un limpio
blanco lienzo, por las puntas
danzamos los dos asidos.
Que comunica el veneno
un nocivo pez, he oido,
al incauto pescador
por la caña, y por el hilo,
verdad debe de ser, puesto
que ese monstruo peregrino
por el contacto del lienzo,
me comunicó su hechizo.
Mientras danzaba con ella,
pude decirla al oido:
ò la mejor ó ninguna,
siempre escogió mi alvedrio,
de donde para la empresa
se ocasionó mi motivo.
Llegó de la justa el dia,
y quando ya estaba el circo
con naturales y extraños
caballeros, sin padrino
ninguno, de negro y oro,
en un caballo morcillo,
que viendome entrar tan mudo,
con noble lozano instinto,
al compas de las trompetas
respondia con relinchos:
La tela ocupé, calada
la sobrevista, que Olimpo
de negras plumas, mosqueadas
de atomos de oro à los visos
del sol, desesperacion,
y tristeza, afectos mios,
publicaba en los colores
de lo negro, y lo pagizo.
Di la targeta à los jueces,
ya que me ocasionó el dicho
lo que en el festin la dixe,
para hacerme conocido.
Y asi la empresa, señor,
era un coronado risco,
cubierto de varias flores,
y en el mas ameno sitio
una bellisima rosa,
con esta letra por friso:
Fortuna,
ò la mejor ò ninguna.
Empezaronse à correr
las lanzas, adonde hizo,
dando y negando los precios,
la gran fortuna su oficio.
Llegó mi puesto, y apenas

en la eſtacada me miro,
quando un clarin hizo ſeña
de embeſtir, à cuyo aviſo
reſpondió el bruto tan pronto,
que dió à entender, que era hijo
del viento, y le obedecia
aun en bronce repetido.
La primera lanza iguales
el Principe y yo corrimos,
ſincopa de la carrera,
pues juntó el fin, y el principio.
En la ſegunda, al reencuentro
cargo el cuerpo en los eſtribos,
doy de los pies al caballo,
el cuento en el riſtre afirmo,
con tal dicha, que gozando
de ſu movimiento miſmo,
ſacandole del borren,
por las ancas le derribo.
Cayó en el ſuelo, acudieron
ſus deudos, y ſus amigos,
para vengar el deſayre.
Los extrangeros movidos,
cómo era cauſa de todos
tener hecho bueno el ſitio,
ſe puſieron à mi lado,
y alterado y confundido
el campo en civiles guerras,
confuſion, voces y ruido
fue, ſin que el Duque baſtaſe
todo el dia à dividirnos,
haſta que la negra noche
à ponernos en paz vino.
Aqueſta miſma ſalí
de Milan, mas tan rendido
à la beldad de Diana,
que à peſar del dolor vivo.
El verla tan impoſible,
la cauſa, ſeñor, ha ſido
de la gran melancolia
que padezco, los retiros
en que me ocupo, tomando
por medicina los libros,
de eſto nacen. Pues el cielo
à las manos ha traido
la ocaſion en que yo pueda
vencer mis hados eſquivos,
y hacer mi ſuerte dichoſa,
como à padre te ſuplico,
y como à hermano te ruego,
que yo ſea el elegido
hoy de los dos para eſpoſo
de Diana, luz que ſigo,
ſol que adoro, bien que buſco,
vida que amo, alma en que anímo,
y finalmente, deidad,
que idolatro y ſacrifico.

Fed. Menos encarecimientos,
Carlos, que no ſon preciſos
para que tu amor conſigas,
hoy con Fadrique y conmigo.

Fad. Si ſon, ſeñor, y aun no baſtan
para que queden vencidos
mis deſeos, quando yo
à la miſma gloria aſpiro.
Yo he de caſar con Diana,
ò quejoſo y ofendido
de tu amor he de vivir,
ſi es Carlos el preferido.

Fed. Quando pensé que de entrambos
competencia hubiera ſido
el quedar conmigo en Mantua,
ſin mi lo es à Milan iros?

Fad. Por mi parte, ſi ſeñor.

Carl. Yo lo erré en no haber dicho
que en Mantua queria quedarme,
pues entonces imagino,
que tu en Mantua te quedáras
contento, que otro motivo
no tienes para elegir
ir à Milan, que haber viſto,
que eſo es lo que yo deſeo.

Fad. Pues no tengo yo mis cinco
ſentidos, mis tres potencias,
mi eleccion, y mi alvedrio,
para ſaber eſcoger
lo mejor? *Fed.* Quando haya ſido
lo mejor, Fadrique habiendo

à Carlos, tu hermano, oido
su pasion, hacer debieras
del interes desperdicio.
Fad. Yo tambien tengo pasion,
tambien de Diana vivo
yo enamorado. *Carl.* Tu? como?
si nunca à Diana has visto?
Fad. Sí he visto. *Fed.* Como, si nunca
de Mantua un punto has salido?
Fad. En Mantua la he visto.
Carl. Quando,
si ella nunca à Mantua vino?
Fad. Sí vino, y yo la vi en Mantua,
y basta que yo lo digo.
Fed. En Mantua Diana? *Fad.* Sí.
Carl. De qué suerte, ò como? *Fed.* Dilo.
Fad. En un retrato pintada:
bien del empeño he salido; *ap.*
qué linda cosa es tener
ingenio! Miren si afirmo
yo bien, que un buen natural
no necesita de libros.
Carl. Una pintura no es
bastante objeto al activo
incentivo de amor. *Fad.* Yo
no entiendo bien de incentivos,
ni objetos, y solo sé,
que à una pintura me rindo;
y ello, sea como fuere,
yo tengo de ser marido
de Diana. *Carl.* Si pudiera,
señor, acabar conmigo
el desistir de esta dicha,
en tus manos mi alvedrio
pusiera à que usáras de él,
no puedo, porque no es mio:
A mi me has de hacer dichoso.
Fad. De ser Carlos preferido,
no me has de ver en tu vida.
Fed. Igualmente sois mis hijos,
y estais empeñados ambos;
pero ya un medio previno
mi industria: yo escribiré
al Duque, que tanto estimo
la conveniencia que trata,
que à entrambos à dos envio
à Milan, para que sirvan
à Diana, y elegido
sea de ella, y no de mi,
el dichoso. *Fad.* Bien has dicho.
Carl. Tu no estás enamorado,
pues das tu amor à partido;
dexame, Fadrique, aquesta
dicha, y siempre agradecido,
me confesaré tu esclavo.
Fad. No puedo, porque no es mio
mi alvedrio. *Fed.* Esto ha de ser,
y asi, al punto habeis de iros.
Carl. Eso es querer que seamos,
no hermanos, sino enemigos.
Fed. En sagrados galanteos
no hacen los zelos su oficio.
Id, pues, à Milan los dos,
servid amantes y finos,
y esté mal con su fortuna
quien la pierda, y no enemigo. *Vase.*
Fad. Diana sin conocerte,
voy à amarte por capricho;
necio dicen que soy, hazme
dichoso, y seré entendido. *Vase.*
Carl. En competencia de otro,
Diana, à servirte me animo;
cuerdo he sido, no me haga
necio tu desden esquivo. *Vase.*
Salen Diana, Estela, Flora, Nise y Clori.
Est. En esta apacible esfera,
donde cortesanas flores,
con vanidad lisonjera,
siempre estan diciendo amores
à la fertil primavera.
Dando envidia hermosa à Flora,
desconfianzas al dia,
zelos à la blanca aurora,
puedes divertir, señora,
tu grave melancolia.
Dian. Ay, Estela, que no fuera
mi melancolia grave,
si este alivio permitiera,

porque no es pasion severa
la que divertir se sabe.
Flor. Tambien desesperacion
es, no tratar resistir
la fuerza de una pasion.
Dian. Eso se le ha de decir,
Flora mia, al corazon.
Qué me importará à mi hacer
esfuerzos para vencer,
si él, en tan dudosa calma,
es libre pais del alma,
y no quiere obedecer?
Nis. Ninguna te ha merecido
saber qual la causa ha sido,
que à este extremo te obligó.
Dian. No puedo decirla yo,
porque aun yo no la he sabido.
Clor. Desde el dia que mantuvo
aquella justa el de Ursino,
mas placer en ti no hubo.
Est. Si yo la causa en que estuvo
tu sentimiento adivino,
confesarásla? *Dian.* Es error
decir que sí, que al rigor
la causa ignoro cruel.
Est. Hasta que se cae en él,
tal vez se ignora un dolor.
Dian. Si tu le hallas, sí diré.
Est. Yo he presumido, que fue,
que el de Ursino te ha pesado,
que vuelva tan desayrado.
Dian. Pues haste engañado à fe.
Flor. Distinta la causa ha sido
en que habia discurrido
yo. *Dian.* Tambien la diré.
Flor. Por Milan se dice, que
à Mantua Lotario ha ido
à tratar tu casamiento
con el uno de sus dos
Principes, y el sentimiento
es, rendir tu pensamiento
al ciego vendado Dios,
à quien siempre le ha negado
vasallage su rigor.
Dian. Algo mas has despertado
el dolor, mas no el dolor
de que nace mi cuidado.
Bien pudiera mi pasion
nacer de que tanto importe
forzar yo mi condicion,
mas mugeres de mi porte,
no casan por eleccion.
Y asi, puesto que ha de ser,
à mi padre le tocó
tratar, à mi obedecer.
Nis. Ahora me sigo yo;
pero conviene à saber,
que yo à adivinar aqui
tu tristeza no me atrevo:
quieres oir un tono nuevo,
que anda ahora valído? *Dian.* Di.
Canta Nis. Fortuna,
ò la mejor ò ninguna.
Dian. Aguarda, quien escribió
esa letra? *Nis.* El caballero,
que de negro y oro entró
en la justa aventurero,
aqueste mote sacó;
y un ingenio le ha glosado,
para poderse cantar.
Dian. Prosigue, que tu has hallado,
sin quererle, Nise, hallar,
el dolor de mi cuidado.
Canta Nis. En los jardines de amor,
por mas bella y mas hermosa,
emperatriz es la rosa
de toda vasalla flor:
y puesto que por mejor
la corona su beldad,
sepulcro mi vanidad
haga de su verde cuna:
Fortuna,
ò la mejor ò ninguna.
Dian. No cantes mas. *Est.* Pues de qué
te has disgustado? *Dian.* No sé,
la musica me cansó.
Flor. No te agrada el tono? *Dian.* No.
Clor. Pues bien celebrado fue

en

en Milan. *Dian.* Bien me parece,
que esos aplausos merece,
mas musica cierto es ya,
que alegra al que alegre está,
y al que está triste entristece.
De esto, Estela, habrá nacido
la causa, porque me dió
pesadumbre haberla oido,
oxalá no hubiera sido *ap.*
otra la que lloro yo.
Pero qué es esto? (ay de mi!)
yo tan claramente digo,
que oir el mote sentí?
pero qué importó conmigo
à solas? Mucho: y asi,
este pesar me he de dar,
dexarme vencer no es justo
del dolor, vuelve à cantar;
mas ay, que es hacerme un gusto,
queriendo hacerme un pesar.

Mientras canta, sale Pernia embozado con capa de grana y sombrero de plumas.

Canta Nis. Fortuna,
ò la mejor ò ninguna.
Dian. Suspende, Nise, la voz,
no por la primera causa,
que la suspendió otra vez
el precepto de mis ansias,
sino por otra, que à mas
extremos, que la pasada,
obliga: qué hombre es aquel
que à la retirada estancia
de estos hermosos jardines,
adonde estoy con mis damas,
se atreve à entrar? *Est.* En el rostro
el embozo de la capa,
no le dexa conocer.
Dian. Dad voces, que entre la guarda
à despejarle. *Pern.* No dé
voces, sino es la que canta,
que no gustaré de oir otras,
aquesas solas me agradan,
y quiero hacerla favor
segunda vez de escucharlas:
Prosigue el tono, que no
te faltará qual que alhaja,
que en mi recamara hay
para este efecto, à Dios gracias,
desde el tiempo de los cuellos
unas calzas atacadas,
con tales bordes, que puestas
debaxo de las enaguas,
servirán de guardainfante.
Dian. Quien vió desverguenza tanta!
el osado atrevimiento
de entrar aqui, no bastaba,
sino el hablarme de burlas?
Hombre, que el claustro profanas
del templo de amor, adonde
tiene el respeto sus aras,
quien te ha dado presuncion
de poner aqui las plantas?
Pern. Amor, poderoso Rey
de las vidas y las almas.
Dian Aun mas, que con la osadía,
con ese nombre, me agravias:
qué es amor? *Est.* Yo he de quitarle
el embozo de la cara, *Descubrese.*
y ver quien es. *Pern.* Pues con eso
acabóse la maraña.
Dian. Loco, tu eres? *Pern.* Pues quien,
señora, hasta aqui llegára,
sino yo, con la licencia
de estar confirmado en gracia
tuya? hasta tu cielo entré,
y viendo quan triste estabas,
quise darte este picon,
á que ocasionó esta gala.
Ahora la menor hoja
de aquesa azucena blanca
me da à besar. *Dian.* Yo confieso,
que me tiene disgustada
la burla, mas te agradezco
tanto el que vuelvas à casa,
que te la he de perdonar:
toma, y del suelo levanta.
Est. Medrado vienes, Pernia,

de

de plumas, telas y grana.

Pern. Como he andado à pecorea,
vengo lucido de alhajas.

Flor. Quien te dió aqueste vestido?

Pern. El gran Duque de Ferrara,
mas buen susto me costó,
y partíme para Mantua.

Dian. En Mantua has estado? *Pern.* Sí.

Dian. Huelgome, porque me hagas
relacion de quienes son
sus Principes. *Pern.* Lindas lanzas.
El uno es un Saturnino,
de aquellos que apenas hablan
dos razones entendidas,
y esas dos muy ponderadas.
Quise embestirle, y echóme
muy mucho de noramala,
que es hombre todo de veras,
y tiene en el mundo fama
del hombre mas entendido,
que hoy se conoce en Italia.
El otro es un majadero,
si es majadero el que guarda
sus doblones, caprichoso,
de presumida arrogancia,
y vanidad: allá tuve
con él no sé qué demandas
de quatro escudos. *Dian.* En fin,
todo ese discurso pára
en que el uno es entendido,
y otro necio? *Pern.* Sí, madama.

Dian. Mas qué me cabe à mi el necio,
segun soy de desdichada?

Est. Y qual es el entendido? *Pe.* Llamase.

Sale el Duque Filiberto de Milan.

Fil. Qué haces, Diana?

Dian. Oyendo estaba à este loco,
que ha divertido mis ansias.

Fil. Daréle yo este diamante,
porque à divertirte basta.

Pern. Divertiré yo à este precio
à un Ginovés, quando haga
asientos en su favor.

Fil. Véte, y allá fuera aguarda.

Vase Pernia.

Ya, Diana, te di cuenta
de como darte trataba
esposo, y que habia de serlo
Fadrique ò Carlos de Mantua.
A esto Lotario partió,
y es la respuesta, que tanta
codicia en los dos ha puesto
tu hermosura soberana,
que entrambos la patria propia
dexan por la agena patria.
Viendo su gran competencia
el Duque, à entrambos les manda
vengan à servirte, y que
se corone de esperanzas
aquel que en tu galanteo
llegue à merecer tu gracia.
A aquesto vienen los dos
con sus familias y casas,
sus caballos y libreas,
diamantes, plumas y galas:
y con tanta priesa, que,
dandoles amor sus alas,
han llegado hoy à Milan,
y ahí fuera licencia aguardan
para besarte la mano.
Yo, porque estés avisada
de todo, entré à prevenirte,
examina, mide y tasa
qual te agrada por esposo,
que aunque nacen destinadas
las mugeres como tu
à no elegir con quien casan,
la novedad hoy dispensa
alvedrio, con que hagas
eleccion. Por escusar
de tus mexillas el nacar,
mas respuesta, que decirles
que entren, no espero, Diana.

Llega hasta la puerta, y vuelve à salir con Carlos, y Fadrique, Enrique y Marcelo, y acompañamiento, vestidos de color.

Dian. Hay, Estela, igual suceso?

Est.

Est. Mejor, que tu imaginabas,
ha sido. *Flor.* Qué no dixese,
para estar mas avisada,
Pernia qual era el necio?
Dian. Eso, Flora, te embaraza?
no está un necio conocido
à la primera palabra?
Carl. Qué hermosura tan divina!
Fad. Qué beldad tan soberana!
Carl. Turbado he quedado al verla.
Fad. Absorto estoy al mirarla.
Carl. Sino llego à ser ceniza
de aquella encendida llama,
para qué añades mas fuego,
amor? el pasado basta.
Fad. Qué nuevo afecto (ay de mi!)
es el que siento en el alma
despues que la ví? que à un tiempo
la voz yela, el pecho abrasa.
Fil. De qué os suspendeis? llegad,
que esta es, Principes, Diana.
Carl. Agravio has hecho, señor,
à nuestro conocimiento,
en advertirnos atento,
qual es el rayo de amor:
bien entre una y otra flor,
por mas pura, por mas bella,
la rosa se admira al vella;
bien entre una y otra rosa,
por mas brillante y hermosa
se hace distinguir la estrella.
Bien en el mas lisonjero
imperio de estrellas ya,
entre una y otra se da
à conocer el lucero:
bien en el claro emisferio,
entre uno y otro farol
de luceros, su arrebol
la luna ostenta oportuna;
bien entre una y otra luna
se sabe qual es el sol.
Bien asi en la soberana
beldad de esta verde esfera
nuestra atencion conociera
entre todas à Diana:
porque su beldad ufana
es la rosa entre las flores,
la estrella entre los candores,
lucero entre las estrellas,
luna entre breves centellas,
y sol entre resplandores.
A tus pies turbado llego,
disculpe mi turbacion
la precisa admiracion
de ver juntos nieve y fuego;
que es desatencion, no niego,
en competencia tan fuerte,
llegar aqui, pero advierte,
que esta leve confianza,
no nace de la esperanza,
señora, de merecerte.
En lo inmenso no se da
medida, del sol la lumbre
distante está de la cumbre
del olimpo, quando está
del mas hondo valle, ya
que inmensa es tu beldad bella,
suba à la cumbre mi estrella
de su luz, no por pensar
que à tocarla ha de llegar,
sino por llegar à vella.
Est. Qué atento y galan habló!
Flor. Qué cuerdas cortesanías!
Fad. Tras tantas filosofias, *ap.*
qué tengo de decir yo?
Pero ahora se me acordó
un mote, que à él mismo oí,
y no viene mal aqui.
Aunque à veros he llegado,
sin estar enamorado,
desde el instante que os ví,
me parece que lo estoy
muy superlativamente,
porque lo que el alma siente,
no lo ha sentido hasta hoy:
Mil alabanzas os doy,
porque en todas no hay alguna,
que iguale vuestra fortuna,

y yo os he de merecer,
porque para mi ha de ser,
ò la mejor ò ninguna.
Carl. De mi mote se ha valído.
Est. Bien dixiste tu, que era
à la palabra primera
qualquier necio conocido.
Flor. Qué vano! *Nis.* Qué presumido!
Dia. El mote à entender me ha dado, *ap.*
que este es el que le ha costado
à mi honor tanto rezelo,
tanto sueño à mi desvelo,
tanta pena à mi cuidado,
y es el necio; pero aqui
disimular importó.
Quanto puedo decir yo,
Principes, diga por mi
el silencio; y pues que fui
tan feliz, callando intento
no agraviar mi sentimiento,
seais bien venidos los dos:
Quien juntára en uno (ay Dios!)
estrella y entendimiento! *Vase.*
Fil. Venid los dos, porque aqui
quartos à los dos os den. *Vase.*
Fad. Marcelo, no la hablé bien,
y bien despejado? *Marc.* Sí.
Fad. No lo creyera de mi,
segun me vi temeroso
al verla. *Carl.* Qué rezeloso,
Enrique, estoy! *Enr.* Es èn vano:
qué hay que temer?
Carl. Que mi hermano
es necio, y será dichoso.

JORNADA SEGUNDA.

Salen Diana y Estela.

Dian. Estamos solas? *Est.* Sí, estamos.
Dian. Pues has de saber, Estela,
que ya faltó à mi silencio
margenes, adonde pueda
caber; y pues explayado
hoy de sus cotos rebienta,
oyeme tu, que esto solo
quiere el cielo que le deba,
pues saliendo de mi, sale
para quedarse en mi mesma.
Bien te acuerdas que el de Ursino,
con mil amantes finezas,
à tratar mi casamiento
vino à Milan: bien te acuerdas,
que el tiempo, Estela, en que estuvo
en Milan, todo fue fiestas.
Pues una noche al sarao
entró, la mascara puesta,
un caballero, vestido
de azul y plata, en diversas
cifras mi nombre bordado
de memorias; considera
si olvidará al caballero,
quien del vestido se acuerda.
Al maestro de la sala
del festin pidió licencia
para danzar, en secreto
debió de decir quien era.
Sacóme à danzar con él,
y de quantas menudencias
tan particulares una
memoria loca se acuerda!
Esa letra, que anda ahí
puesta en tono, que fue empresa
suya en la justa, me dixo,
prevenida diligencia,
para que en la justa yo
le conociese por ella.
El fin que la justa tuvo,
tu le sabes, pues en guerras
civiles viste la Corte
con tal confusion envuelta.
La noche la puso en paz,
y sin que jamas supiera
quien fuese aquel caballero,
quedé en Milan: la tristeza
que desde aquel mismo dia
quiere el cielo que padezca;
las melancolias que paso,
son (aqui de mi verguenza)
corrida de que en el mundo
ha-

haya un hombre, que merezca
los ſuſpiros que me debe,
las lagrimas que me cueſta.
Trató mi padre caſarme
en Mantua, paſe mi lengua
por eſto aprieſa, pues ſabes
la amoroſa competencia
de los dos, que hoy en Milan
me ſirven y galantean.
Que uno es diſcreto en extremo,
con todas las partes buenas
de caballero, que afable
toda la Corte ſe lleva
tras sí, que nobleza y plebe
le aplauden y le celebran.
Que el otro en extremo es necio,
que vanidad y ſoberbia
le deslucen tanto, que
nadie le eſtima, ni aprecia.
Y lleguemos de una vez
al caſo, para que veas
con quantas cauſas mis dichas
de mis deſdichas ſe quejan.
Eſte necio, eſte de todos
aborrecido (qué pena!)
es el miſmo del feſtin,
y la juſta, à quien confieſa
tanta inclinacion el alma;
mira ahora y conſidera
ſi habiendo de elegir uno,
habrá confuſion como eſta.
Si à Carlos elijo, voy
contra el poder de mi eſtrella,
que ya inclinada à Fadrique
me tiene, ſin que yo pueda
echarle de mi memoria,
por mas defectos que tenga.
Sí à él elijo (ay cielos!) dando
à mi inclinacion la rienda,
culpable eleccion ſerá,
pues, en fin, ſerá indecencia
de una muger como yo,
ver que dos afectos tenga,
por inclinacion al uno,
y al otro por conveniencia.
Eſt. Con cauſa, ſeñora, eſtás
triſte, mas dame licencia
para hacerte una pregunta.
Dian. Ya la tienes. *Eſt.* De qué llegas
à preſumir, que Fadrique
aqueſe embozado ſea
de la juſta y del feſtin?
Dian. Facil eſtá la reſpueſta;
pues quando aqui llegó à hablarme,
à la palabra primera,
entre muchas necedades,
me repitió de la empreſa
el mote, dando à entender,
que él el embozado era.
Eſt. Tienes mas indicios, que eſe,
para penſarlo? *Dian.* No, Eſtela.
Eſt. Pues eſe, ſeñora, es
muy tibio, ſi conſideras,
que los que no ſaben mucho,
ſiempre ſe valen de letras
y motes, que en otra parte
oyeron, y eſtando hoy eſta
tan valída, penſaria,
que era gran gala uſar de ella.
Dian. Sola eſa breve eſperanza
à mi deſdicha le queda,
y para deſengañarme,
la primer vez que le vea,
me he de dar por entendida
de que él fue; y tomando ſeñas
particulares, ſalir
una vez de la ſoſpecha.
Sale Pern. Pardiez, ſeñora Diana,
que mas hallaros me cueſta
hoy por aqueſtos jardines,
que pudiera por las ſelvas
de Arcadia à eſotra Diana,
que fue deidad de la tierra.
Dian. Pernia, de donde bueno?
Pern. De cobrar vengo una deuda,
que Fadrique me debia
deſde Mantua. *Dian.* Y donde queda?
Pern. El y eſotro circunſpecto,
an-

andan por redes y rejas
de este jardin asechando,
si hay por donde los dos puedan
verte. *Dian.* Y has hablado à Carlos?
Pern. Yo à Carlos? ni Dios lo quiera;
pues como he de hablar de burlas
à quien siempre oye de veras?
Todos te culpan, señora,
de que no des la sentencia
difinitiva à estos novios;
y yo solo en tu defensa
digo, que tienes razon
de dudar à qual prefieras;
porque tan malo es el uno
como el otro, si se llega
à advertir, que para esposo,
es tanta culpa que sepa,
como que ignore: y asi,
tomando en la competencia,
un medio à los dos extremos,
yo un buen consejo te diera.
Dian. Y es? *Per.* Que te cases conmigo,
que estoy en la region media,
ni tan sabio, que te aflija,
ni tan necio, que te ofenda.
Dian. Cierto que estoy por tomar
el consejo.

Salen al paño Flora y Carlos.

Flor. Vuestra Alteza,
que anda Diana, mi señora,
por este jardin, advierta,
con sus damas; y podrá
disgustarse de que à verla
entre, estando en sus retiros
descuidada. *Carl.* Flora bella,
no quiera amor, que al menor
disgusto suyo me atreva:
yo procuraré esconderme
entre la varia belleza
de sus verdes laberintos;
por tu vida, que licencia
me dés de entrar, y esta joya,
no dadiva, sino prenda
de voluntad, por fiadora
saldrá, de que te agradezca
esta dicha eternamente.
Flor. No tengo de hacer por ella
lo que no hago por vos solo;
perdonadme, y salios fuera.
Carl. En tomando vos la joya
me iré, que ya mal contenta
conmigo estará quien tuvo
vanidades de ser vuestra.
Flor. Sin obligacion la acepto,
por no parecer grosera.
Dian. Flora? *Flor.* Señora?
Dian. Qué es eso?
Flor. No creyendo que tan cerca
estuvieses, Carlos quiso
ver la hermosa primavera
de este jardin, y yo estaba
deteniendole à la puerta.
Dian. Bien esa curiosidad
pudo escusar vuestra Alteza,
y mas si sabia que yo
estaba aqui. *Carl.* De manera
turbado he quedado, al veros
disgustada, que aunque quiera
disculparme, no sabré;
porque si dice mi lengua,
que no supe que aqui estabais,
mentirá; y si à decir llega,
que porque lo supe, entré,
será la verdad la ofensa:
y asi, entre una y otra duda,
se habrá de quedar suspensa,
pues es tan malo, que diga
hoy verdad, como que mienta.
Dian. De aquestos atrevimientos
no puedo yo formar queja,
pues ya con la dilacion
les doy, Carlos, la licencia;
mas yo me resolveré
presto, para que no tengan
lugar estas bizarrias
con mascara de finezas.
Carl. Confieso, que à una eleccion
mi vida pendiente está,

que

que ſu ſentencia ſerá
mi gloria, ò mi perdicion:
pero una ſatisfaccion
para conſuelo prevengo.
Dian. Qual es? *Carl.* Si à decirla vengo;
no poder vueſtra venganza
quitarme. *Dian.* Qué?
Carl. La eſperanza.
Dia. Por qué? *Carl.* Porque no la tengo.
Dian. Parece que contradice
à eſe modo de ſentir,
veros, Carlos, aſiſtir
al premio de mas felice.
Carl. Eſo à eſotro no deſdice,
que el deſauciado de un fuerte
mal, aunque ſu muerte advierte,
los remedios apellida,
no por dilatar la vida,
mas por no abreviar la muerte.
Dian. No hay mas modo de morir,
que el vivir no dilatar;
luego el deſear no abreviar
la muerte, es deſear vivir.
Carl. Sí, mas debeſe advertir,
que aunque uno el efecto ſea,
la accion con que ſe deſea,
no en ſubſtancia, en accidente,
puede hacerle diferente.
Dian. Como? *Carl.* Un exemplo ſe crea:
El hombre que es deſdichado,
jamas al bien aſpiró,
con no ver al mal, vivió
en ſu esfera conſolado:
luego ſi en aquél ſe ha dado
un defecto tan igual,
que al bien, y al mal es neutral,
en mi ſe dará tambien,
no deſear vivir, que es bien,
ni deſear morir, que es mal.
Y asi, en el alto trofeo,
à que me veis aſiſtir,
no deſeo conſeguir,
ſolo no perder deſeo;
en cuya atencion me veo
con tanta deſconfianza,
que ſombras del bien alcanza,
aſiſtiendo eſte favor,
mas porque tengo temor,
que porque tengo eſperanza.
Dian. Quien al bien no aſpira, y quien
no ſiente el mal, claro eſtá
que auſencia no ſentirá,
pues ni es favor, ni es deſden;
y asi, que os volvais es bien.
Carl. Deſconfiado mi amor,
obedezca eſe rigor;
mas ſi fuera precio juſto
de haberos dado un diſguſto,
mereceros un favor
ſolamente os ſuplicára,
ſobornandoos con mi auſencia.
Dia. Qué? *Car.* Que de vueſtra ſentencia
el dia ſe dilatára.
Dian. Pues por qué? *Carl.* Porque duràra
en la calma de mi eſtado,
ni envidioſo, ni envidiado;
que mas quiero temeroſo
vivir en duda dichoſo,
que de cierto deſdichado. *Vaſe.*
Eſt. Qué ingenio à ſu ingenio iguala?
Pern. Tu bien fueras à eſcucharle.
Dian. Para qué? *Pern.* Para enviarle
muy mucho de noramala:
tanto entendimiento y gala
malograrla en un marido
es laſtima. *Flor.* Qué entendido!
Eſt. Qué cuerdo! *Dian.* No le alabeis
tanto. *Eſt.* Por qué? *Dia* Porq̃ haceis
nueva guerra à mi ſentido.
Salen al otro lado Niſe y Fadrique.
Niſ. Mirad, que eſtá aqui Diana,
y ſe enojará ſi os doy
paſo. *Fad.* Qué importa que hoy
vea ſu beldad ufana
mal veſtida, quien mañana
mal tocada la ha de ver?
Niſ. A mi me ha tocado hacer
eſte reparo. *Fad.* A mi no;

y pueſto, Niſe, que yo
tu amo tan preſto he de ſer,
no me diſguſtes. *Niſ.* No sé
que ſea diſguſto. *Fad.* Eſto paſa?
replícas? mañana à caſa
de tus padres te enviaré.
Dian. Niſe? *Niſ.* Señora. *Dian.* Qué fue
eſo? *Niſ.* Fadrique ha querido
entrar haſta aqui atrevido;
y porque yo le decia,
que diſguſtarte podia.
Dian. Proſigue. *Niſ.* Me ha deſpedido.
Flor. Eſas joyas da? *Fad.* Es asi,
porque no ha de haber criada
tan bachillera, que en nada
me haya de advertir à mi.
Dian. Orden mia fue, que aqui
à nadie dexaſe entrar.
Fad. Mia no, y conſiderar
debiera, que ſoy mas yo
que nadie. *Dian.* Quien, cielos, vió
en el mundo igual peſar?
Qué una ciega inclinacion
obligue à mi vanidad,
oyendo eſta necedad,
à dudar en la eleccion,
con aquella diſcrecion
de Carlos! mas ya que aquí
hoy ha llegado (ay de mi!),
ſi él el embozado fue
de juſta y ſarao ſabré.
Fad. No os eſpanteis de que asi
hoy, à rieſgo de enojaros,
à eſte jardin, donde vengo,
éntre à hablaros, porque tengo
muchas coſas en que hablaros.
Dian. Y yo diſpueſta à eſcucharos
eſtoy ya, porque no entreis
otra vez adonde os veis:
decid, pues, lo que intentais.
Fad. Que tan gran merced me hagais,
ſeñora, que os declareis
de una vez; y no dudoſo
me tengais de mi ventura,
que ſi de vueſtra hermoſura
yo tengo de ſer eſpoſo,
es eſtilo riguroſo,
aunque es tan grande el empleo,
comprarle con el deſeo;
porque no es tan eſtimado
el bien que llega eſperado,
como apriesa. *Dian.* Asi lo creo;
pero Carlos me decia
ahora, que él eſtimára,
que jamas me declarára.
Fad. Y eſa opinion fundaria
allá en ſu filoſofia,
ſin ver que es error extraño,
pues no ama el que en ſu engaño
conſolado, de ſu dama
no ama el favor. *Dian.* Menos ama
quien no teme un deſengaño.
Fad. Saber ahora no quiero
qual lo mejor viene à ſer,
que à mi me baſta ſaber,
que ſi eſpero, deſeſpero.
Dian. Si otras cauſas conſidero,
no os juzgo tan mal hallado
en Milan, que os dé cuidado
eſtar hoy en él. *Fad.* Por qué?
Dian. Porque el que embozado fue
de todos tan celebrado
(que ya todo ſe ha ſabido)
no sé por qué le ha de dar
pena deſcubierto eſtar.
Fad. Cielos, Diana ha creido, *ap.*
(el mote la cauſa ha ſido)
que el de la juſta fui yo;
y pues el amor me dió
ocaſion ahora con que
pueda obligarla, diré,
que ella el rieſgo me debió.
Aunque jamas preſumió *A ella.*
el corazon que os adora,
haceros cargo, ſeñora,
de alguna fineza mia;
viendo que eſte feliz dia
vos la ſabeis, mal haré

en

en negarla yo, porque
fuera agraviar la fineza,
que me debió esa belleza.
Dian. Cierta mi desdicha fue, *ap.*
Estela, no hay que apurar
mas mi pena. *Est.* Pues estamos *ap.*
hoy en la ocasion, veamos
si es que te quiere engañar.
Dian. Mucho he estimado llegar
à haber sabido, que fuisteis
vos el que à Milan venisteis,
por ser la que os conocí
yo, y afirmando ahora aqui
ser el que tanto lucisteis,
no me lo queria creer
Estela, à quien lo decia.
Fad. Estela es opuesta mia,
darla estado es menester,
porque no tengo de ver
su persona à vuestro lado.
Est. Mirad, que si yo he dudado
el que vos fuisteis, señor,
quien con tal gala y valor,
de todos tan celebrado
salisteis, no por dudar
de vuestros meritos fue.
Fad. Pues por qué, Estela? *Est.* Porque
el atreveros à entrar
en Milan, antes de estar
la paz confirmada, no
cordura me pareció,
sino temeridad. *Fad.* Bien:
pues quien en el mundo, quien
mas temerario es que yo?
Est. No fue mi intento negar,
que vos fuisteis, solo fue
afirmar, gran señor, que
se han podido equivocar
las señas, y por mostrar
qual se engañó al discurrillo;
qué color. *Fad.* Dudo al oillo.
Est. Vos sacasteis? *Fad.* Qué color *ap.*
diré? diciendo el mejor,
no puedo errarlo: Amarillo.
Est. Ves como tu te engañaste
en las señas? Pues aunque
Fadrique del festin fue,
no fue el que tu imaginaste,
señora, quando danzaste.
Fad. Yo fui el que ella imaginó.
Est. Pues qué compas se os tocó?
Fad. Otro aprieto? ay ansias mias!
Est. Qué danzasteis? *Fad.* Las folias,
que no sé otra danza yo.
Dian. No es menester advertillo
mas, pues tan cierto seria,
que folias danzaria
quien se vistió de amarillo:
mucho me he holgado de oillo,
mucho, Fadrique, he estimado
las señas, que me habeis dado
de vos mismo, si atendeis,
que con las señas me habeis
sacado de un gran cuidado.
Fad. Si ha errado mi pensamiento,
la disculpa está notoria
en ser flaco de memoria.
Pern. Y gordo de entendimiento.
Dian. No os disculpeis, que no intento
culparos de engaños lleno,
ni que os tomeis, os concedo,
de otro el merito, si arguyo,
que quien no le tiene suyo,
no yerra en buscarle ageno.
Entranse las Damas.
Pern. Bueno ha quedado el señor
Principe amarillo. *Fad.* Cielos,
qué es lo que pasa por mi?
qué oigo? qué escucho? qué veo?
Quien en el mundo se vió
en igual desayre? pero
qué me admiro? qué me espanto,
si yo de él la culpa tengo?
Pues con mis desatenciones,
y vanos divertimientos,
haciendo de todo quanto
es urbanidad, desprecio,
di la ocasion al desayre,
no

no penſando, no creyendo,
que era meneſter que yo
tuvieſe merecimiento
mayor, que ſer yo: mal haya
tanto mal gaſtado tiempo.
Pern. A preguntarle ſi acaſo
fue en caſa de algun Barbero
el ſarao de las folias
iré, ſeñor? *Fad.* Oir no quiero
nada que digas, Pernia.
Pern. Por qué tal deſabrimiento?
Fad. Porque he conocido quanto
inutiles ſon aquellos,
que de ſus converſaciones
no dexan algun provecho
al que las oye; y asi,
no ſolamente pretendo
no oirte ahora, porque eſtoy
diſguſtado; mas precepto
ſea inviolable, que en tu vida
me hables, pues al eſcarmiento
llegué ya de quanto fuera
mejor, que todo aquel tiempo
que con un loco gaſté,
lo gaſtára con un cuerdo.
Pern. Pues me deſtierras de ti,
voy à cumplir el deſtierro,
que ya sé quan peligroſo
el oficio es del contento,
pues ha meneſter llegar
ſiempre à ocaſion. *Vaſe.*
Fad. Yo eſtoy muerto,
y no ſiento haberme hallado
Diana en mentira, pues puedo
diſculparla con decir,
que fue un engañado afecto
de amor, querer obligarla
cauteloſo; ſolo ſiento
haber con vanos deſcuidos
vivido tan poco atento
à quanto es corteſania,
que ya que à fingir me atrevo
el hallarme en un ſarao,
erraſe tanto los medios,
que aun no le ſupieſe dar
colores al fingimiento.
O quien emendar pudiera
tantos mal limados yerros
como doró mi ambicion,
y deſdoró mi deſprecio!
Qué mal hice en perſuadirme
altivo, vano y ſoberbio,
à que era grandeza en mi
el ignorar todo aquello,
que urbanamente aun los Reyes
deben ſaber! Tarde llego
al deſengaño, de que
el mejor, el mas ſupremo
aplauſo, no es de la ſangre,
ſino del entendimiento. *Sale Marcelo.*
Marc. Señor. *Fad.* Marcelo, qué quieres?
Marc. A darte un aviſo vengo.
Fad. De qué? *Marc.* De que eſta noche
los celebrados ingenios
de Italia, publica tienen
una Academia, y ſoſpecho,
que vienen à convidarte
à ti, y à Carlos; yo viendo
quan poco guſtas de hallarte
en aqueſtas coſas, vengo
à aviſarte de que aqui
no eſtés, porque en el empeño
de ir no te pongan, ſi acaſo
llegan à verte. *Fad.* Marcelo,
no ſolo de ellos huiré,
mas ſaldré à verme con ellos;
porque en eſa obligacion
de ir me pongan, que yo intento
caſtigar la floxedad
de mis vanos penſamientos
con la verguenza de verme
entre tantos ſabios necio.
Llegue à viſta de ſus ciencias
mi ignorancia, por lo menos
ſe verá que es ignorancia,
que quiere dexar de ſerlo.
Y tu, Marcelo, me buſca
en Italia los maeſtros

mas

mas celebrados de quantas
buenas letras hay, y luego
los de quantos exercicios
à un Principe hacen perfecto,
cabal à un buen cortesano,
y lucido à un caballero.
Que si en la mina del alma
diamante bruto mi ingenio
fue, le ha de pulir mi amor,
fondos dandole y reflexos.
Si fue oro, que ignorado
estuvo en obscuro centro,
mi amor ha de acrisolarle,
quilates dandole eternos.
Si fue perla mal pulida
en la concha de mi pecho,
ha de esmerarla mi amor,
dandola valor y precio.
Ni una accion, ni una palabra
so'a hacer, ni decir tengo,
que consultada no esté,
y, examinada primero
con la razon y el discurso,
la censura y el consejo
de quien sepa mas que yo;
y pues à confesar llego
que hay otro que sepa mas,
ya no soy quien sabe menos.
Hermosisima Diana,
tarde mejorar intento
mis defectos; mas pues eres
casta deidad, à quien dieron
templo y aras los Gentiles,
y hoy en tus aras y templo
gentil mi amor todavia,
su nombre idolatra bello;
debate aqueste milagro,
la perpetuidad del tiempo
será la tabla mejor
que pende entre los trofeos
de tus sagradas paredes,
ver à un ignorante cuerdo,
humilde à un desvanecido,
desengañado à un soberbio;
y para decirlo todo,
será el prodigio mas nuevo,
ver que llego à confesar
hoy, que nada supo un necio. *Vase.*

Salen Carlos y Enrique.

Enr. Sosiegate. *Carl.* Sosiego
pides à toda la inquietud del fuego?
à toda la mudanza de la luna?
del mar à la inconstancia y la fortuna?
à mi amor? que asi es bien que le publique,
quando le miro, Enrique,
en mi dos veces ciego
ser la fortuna, el mar, la luna, el fuego.
Enr. Pues qué causa te obliga
à sentimiento igual?
Carl. Quando lo diga,
verás en su disculpa
à la culpa, sin señas de ser culpa,
que à mayores desvelos
disculpa la disculpa de los zelos.
Entré, pues, esta tarde
en un jardin, donde mi amor cobarde
mas à adorar, q̃ à merecer dispuesto,
el sol vió de Diana, mas tan presto
me despidió, que la esperanza mia,
sincopa haciendo de la edad del dia,
vió en un instante, un punto,
la aurora, y el ocaso todo junto.
A aqueste jardin mismo,
de flores y de encantos bello abismo,
Fadrique entró al instante,
adonde mas feliz, no mas amante,
mereció (pena rara!)
q̃ Diana tan de espacio le escuchára,
que se estuvo con ella
toda la tarde hablando: de mi estrella
mira el rigor, pues él vive admitido
al favor, de que muero despedido.
Enr. Que está el consuelo, advierte,
facil en este caso. *Car.* De qué suerte?
si lo q̃ mi amor pierde, su amor gana.

Enr.

Enr. Creyendo que à Fadrique oiria
por entretenimiento, (Diana
aun mas q̃ por favor, y el sentimiento
ser lisonja debiera,
si su ingenio, señor, se considera,
pues que haya sido, espero,
no tu competidor, mas tu tercero.
Carl. Poco eso me asegura,
porque el juicio (ay de mi!) de una
hermosura
nunca procede à lo mejor atento;
y un capricho de amor, no es argu-
mento,
que se funda en razones,
y la pasion de amor toda es pasiones.
Enr. Ella es muy entendida,
y no se querrá ver tan deslucida,
en la eleccion que hiciere;
y mientras el efecto no se viere,
trata de desechar esa tristeza.
De Milan la nobleza
toda está en el paseo,
entra à lucir en él, señor, pues creo
que el mirarte aplaudido
de todos, y de todos tan querido,
templen en parte aquese rigor fiero.
Ca. Si no ha de estar Diana en el terrero,
de qué me servirá que yo en él sea
el mas galan, y qué ella no lo vea?
mas que sus partes luce, las infama,
quien las ostenta à espaldas de su da-
Enr. Yo de tu sentimiento (ma.
que te diviertas solamente intento;
y puesto que no quieres
salir hoy al paseo, ya que eres
docto en ciencia qualquiera,
en tu quarto Lisandro.
Carl. Qué? *Enr.* Te espera
con libros, ellos pueden
divertir tu pesar. *Car.* Ya no concedẽ
tregua maestros, ni libros à mi en-
fado:
mal haya, Enrique, amen, quanto
he estudiado,
pues no he aprendido en todo
question q̃ enseñe de obligar el modo
à una belleza ingrata.
Y asi, al instante trata (fuego,
de entregar quantos libros traxe al
y despideme luego
los maestros que he tenido,
pues que tan poco à todos he debido,
que no le han enseñado
en tanto docto afan à mi cuidado
question de amor, q̃ la desdicha mia
alivie, siendo amor filosofia.
Enr. En la docta academia
de esta noche, señor, donde se premia
el ingenio, no dudo, (pudo
luciendo en ella, adviertas quanto
ser ilustre el saber. *Ca.* Yo lo confieso,
pero yo en ella no he de estar por eso;
y en fin, ya para mi no hay cosa
alguna (na,
mas cansada, mas necia è importu-
que estas juntas de ingenios;
pues en los varios genios
de sus doctos desvelos, (los
no se habla de mi amor, ni de mis ze-
Y pues Fadrique ha sido
el lucido, el galan, el entendido,
à vista de Diana,
su belleza obligando soberana,
mereciendo su agrado, (diado,
él es el que ha lucido, el que ha estu-
yo el necio, el ignorante:
Y asi, desde aqui adelante
lucir en nada espero,
ni quiero libros, ni maestros quiero.
Sale Pern. Aqui está Carlos, pardiez
para mi es azar su encuentro,
sin verle me iré. *Carl.* Pernia,
por qué de mi vas huyendo?
Pern. Porque siempre desgraciado
fue contigo mi gracejo,
y nunca te agradó. *Carl.* Aguarda,
que hablar contigo deseo
muy de espacio. *Pern*, Considera,
se-

ſeñor, que no ſoy de aquellos
yo, que te agradan à ti,
porque ſoy un majadero.
Carl. No me hablarás tu en Diana?
Pern. Sí. *Carl.* Pues ſolo à ti quiero
por maeſtro; ſi eſo ſabes,
mas ſabes que todos ellos.
Pern. Deſde quando acá, ſeñor,
tanto favor te merezco?
Carl. Deſde que tan venturoſo,
tan feliz te conſidero,
que mereces de Diana
ver el ſol divino y bello
à todas horas: quien fuera
tu! *Pern.* No habia mas que ſerlo?
De una fieſta à ſu lugar
volvia un Tamborilero,
y un Frayle tambien volvia
de la fieſta à ſu Convento.
El Tamborilero iba
en un burro caballero,
y el Frayle à pie. Preguntóle
el Padre: de donde bueno?
De tañer (dixo) eſta flauta
y eſte tamboril: Por eſo,
(le preguntó) qué le han dado?
El reſpondió: Poco, cierto,
cinquenta reales, comido
y bebido, que no es menos,
llevado y traido, ſin otros
regalillos, que aqui tengo,
Eſo es poco? (dixo el Padre)
pues yo de predicar vengo,
y ni aun de comer me han dado,
y como ve, à pie me vuelvo.
El Tamborilero entonces
dixo enojado y ſoberbio:
Pues Tamborilero, y Padre
Predicador, es lo meſmo?
aprendiera buen oficio,
y no ſe quejára de eſo.
La aplicacion eſtá facil;
ſi querias, ſeñor, veros
con Diana à todas horas,
hubierais para eſe pleito
aprendido buen oficio,
pues veis en el que yo tengo,
que no ſomos todos unos,
Frayles y Tamborileros.
Carl. Eſtabas tu en el jardin
quando entró Fadrique? *Pern.* A eſo
va el agaſajo? y à fe,
que ſucedió un lindo cuento.
Carl. Qué fue? *Per.* Que Fadrique dixo,
que habia venido encubierto,
por ſolo ver à Diana,
à las fieſtas que ſe hicieron,
que danzó con ella, y que
la dixo un mote, que luego
empreſa fue de la juſta:
y al fin, paró todo eſto
en que Diana. *Carl.* Detente,
no digas mas, que no quiero
oir que paró en que Diana
le dió en agradecimiento
lugar de hablarla. O traidor
hermano! ò mal caballero!
nunca te hubiera contado
yo de la juſta el ſuceſo,
para hacer de agenas glorias
propios los merecimientos.
Pern. Oye, y ſabrás. *Carl.* Qué he de oir,
ni ſaber? *Pern.* Que todo el cuento.
Carl. Ya lo sé. *Per.* Quien te le ha dicho?
Carl. Yo me le he dicho à mi meſmo:
Por temer que ſe ofendieran,
ſiendo el de Urſino ſu deudo,
quando ſupieſen, el Duque
y Diana, que yo fui (cielos)
el que le echó del caballo,
y puſo ſu Corte à rieſgo,
mi ſilencio ocaſioné,
y me mató mi ſilencio,
para que le aprovechaſe
la vanidad de mis hechos.
Pero yo le buſcaré,
y en qualquier lugar ò pueſto
que le halle, he de vengar

de

de la traicion el intento.
Enr. Aventuras la opinion,
que de entendido y de cuerdo
tienes. *Car.* Pues q̃ importa, Enrique,
ſi eſtá todo el mundo lleno
de que en zelos no hay cordura,
ni en amor entendimiento? *Vanſe.*
Pern. Bachillera lengua mia,
buena hacienda habemos hecho;
mas qué va que ſi colige.
Salen Diana y Damas.
Dian. Pernia, qué ha ſido eſto?
que paſando ahora al quarto
de mi padre, he eſtado oyendo
mil deſentonadas voces,
que en eſta parte ſe dieron.
Pern. Un cuento, que yo llevé,
la cauſa ha ſido, y pretendo,
que otro cuento, que yo traiga,
ſea, ſeñora, el remedio,
pues yo no ſirvo de mas,
que de traer y llevar cuentos.
Empecé à decir à Carlos
de Fadrique el fingimiento;
y asi como llegó à oir,
que habia dicho que encubierto
à Milan habia venido
à las fieſtas de ſecreto,
una legion de Fadriques
ſe le reviſtió en el cuerpo.
Y en fin, diciendo que habia
ſido él, y que de reſpeto
habia callado, por ver
que era el de Urſino tu deudo,
en buſca fue de ſu hermano;
y ſi da con él, ſoſpecho,
que dé con él en el limbo,
que no es capaz del infierno. *Vaſe.*
Dian. Eſtela, ya mi fortuna
han mejorado los cielos,
pues el merito y la eſtrella
han juntado en un ſugeto.
Carlos fue el que à Milan vino,
y Carlos el que diſcreto,
dos veces mereció ya
la inclinacion y el afecto.
Albricias pudiera dar
hoy el alma de ſaberlo;
y asi, ſin mas competencia,
declararme por él pienſo.
Fadrique y Carlos riñen dentro, y ſalen.
Carl. No es mi hermano, mi enemigo,
quien desluce mis aciertos.
Fad. Para defenderme ſolo
la eſpada ſaco. *Dian.* Qué es eſto?
advertid, que eſtoy aqui.
Fad. Ya, ſeñora, me detengo,
que de mis acciones es
remora vueſtro reſpeto;
en fe de lo qual la eſpada
rendida, à la vayna vuelvo.
Carl. Yo no, porque antes à mas
me he de atrever, quando os veo
preſente, porque veais
que à vueſtros ojos me vengo
de la traicion de un hermano.
Dian. Si os eſcuchára ſin veros,
pensára que vueſtras voces
habian trocado los cuerpos;
quando à vos tan advertido
os veo, y à vos os veo
tan inadvertido. *Fad.* Yo
à mi eſta atencion me debo,
que como de ſaber poco
eſtoy indiciado, temo
que todos me den la culpa
de qualquiera deſacierto;
y asi corregir procuro
mis acciones. *Carl.* Yo pretendo
deſpeñarlas, haſta que
Diana oiga que te has hecho
dueño tú de mis aplauſos,
ſiendo yo ſolo ſu ſueño.
Fad. Eſo yo lo diré à voces,
que otras diſculpas no tengo
de mi yerro, ſino es
confeſar que ha ſido yerro.
Yo me quiſe atribuir

hoy, señora, los trofeos
de Carlos, que como amor
es guerra, y en guerra fueron
permitidos los ardides,
creí era bien usar dellos.
De necio me motejasteis,
cuyo desayre me ha puesto
en obligacion de hacer,
à vuestro servicio atento,
estudio de mis acciones,
con la que habeis visto empiezo
à parecer, si entendido
no, advertido por lo menos;
porque haciendo de mi parte
quanto puedan mis deseos,
si el serlo no me debais,
me debais el querer serlo.

Carl. Aunque el desengaño pudo
templar à mi enojo el medio,
tiene dos partes la culpa;
y aunque de la una le absuelvo,
que es el haber declarado
la verdad, la otra no puedo,
que es haber querido hacerme
el engaño; y asi intento
à vuestros ojos, señora,
castigarle. *Dian.* Qué es aquesto,
en mi presencia os mostrais
hoy, Carlos, tan desatento?
quando le debo à Fadrique,
que emendado en sus afectos
proceda, vos procedeis
tan despechado en los vuestros?

Carl. Sí, y en mas obligacion
os pongo yo, quando llego
à empeorarme en mis acciones,
que quando él llega (esto es cierto)
à mejorarse en las suyas;
pues trocados los extremos,
en el tribunal de amor
yo mejor sentencia espero,
quando él prudente, y yo loco,
à un mismo tiempo aleguemos,
él, que por amor fue sabio,
y yo que dexé de serlo.

Dian. Para questiones de amor
no es este lugar, ni tiempo;
à vuestros quartos los dos
os retirad. *Fad.* Ya obedezco,
que como ando por no errar,
ciegamente tus preceptos
he de observar, porque sé
que nadie erró obedeciendo. *Vase.*

Dian. No os vais vos?

Carl. Yo bien me fuera,
si pudiera; mas no puedo.

Dian. Por qué? *Carl.* Porque temo, que
despedirme vos tan presto,
es, por hablar mas despacio
con Fadrique, que es lo mismo
que sucedió en el jardin;
y asi, ausentarme no intento,
porque no quiero que haga
mi amor espalda à mis zelos.

Dian. Esa platica es muy nueva
en mis oidos: qué es eso
de zelos y amor? sabeis,
que soy la que os está oyendo?
Ese estilo, ese lenguage,
esa frase, esa voz. Pero
no quiero enojarme, idos,
disculpado estais, si advierto,
que es la mayor necedad,
la necedad del discreto:
Idos, pues. *Carl.* Sin mi dos veces
me iré, quando considero,
que voy por mi error sin mi;
y sin mi, porque me ausento. *Vase.*

Dian. Estela, hay mayor desdicha
que la mia? quando tengo
la aficion en una parte,
estan alli los defectos:
quando el desengaño puede
mudarlos, tras ellos veo,
que los afectos se van.
En qué ha de parar aquesto,
amor? Qué te va en sacar
de una causa dos efectos?

JORNADA TERCERA.

Salen por una puerta el Duque de Mantua Federico con acompañamiento, y Fabio; y por otra Filiberto Duque de Milan con acompañamiento.

Fil. Vuestra Alteza haya sido,
señor, à este su Estado bien venido.
Fed. Y vuestra Alteza hallado
en él, con la salud que ha deseado
quien cētro suyo este Palacio adora:
y como está Diana mi señora?
Fil Para serviros, tiene (ne
salud. *Fed.* Dios se la dé como convie-
à nuestra paz, contando, sin engaños,
su edad el tiempo à siglos, y noàaños
con el aumento que mi amor desea.
Fil. Qué tan felice mi fortuna sea,
que llegue à mereceros
esta dicha, señor, de poder veros
en Milan este dia!
Fed La dicha, y la fortuna solo es mia;
si bien, por pension tengo
della el grande cuidado con q vengo,
porque habiendo sabido,
q Carlos, y Fadrique no han tenido
en aquella asistencia
la atencion que debió igual compe-
y habiendome avisado (tencia;
por cartas un criado, que ha llegado
à tanto su locura,
q con necia, con vil descompostura,
tantas sagradas leyes olvidadas,
sacaron las espadas,
sin tener advertencia
de la hermosa Diana à la presencia;
me puse en el camino,
porque asi componerlos determino,
castigando à los dos, con que no sea
alguno tan dichoso, qué se vea
en tan grande ventura,
como dueño feliz de su hermosura;
poniendo à vuestras plantas,
si este es el fin de cōpetencias tantas.
mi persona, y mi estado,
sin lo que entre los dos está tratado.
Fil. Aunque ha sido tan justo
vuestro enojo, señor, vuestro disgusto
una zelosa culpa
anticipada tiene la disculpa, (nes
y no han de hallarse en todas ocasio-
prontas, à lo mejor, las atenciones,
y mas jovenes pechos,
de sus meritos mismos satisfechos.
Fed Aunque la inadvertencia
de los dos fuese, me dareis licencia
à que crea que ha sido
solo uno quien la culpa haya tenido
en tanto atrevimiento,
que ya se dexa ver quan poco atento
la ocasion habrá dado.
Fil. Yo no he de ser fiscal, sino abogado:
y asi, à ninguno espero
culpar, que disculpar à todos quiero.
De Fadrique aquel quarto es, y de
Carlos
este, vos à los dos entrad à hablarlos,
en tanto que yo pido
albricias à Diana, de que ha sido
tan dichosa que huesped igual tiene,
y à besaros, señor, la mano viene. *Vas.*
Fed. Bien rezelé siempre, Fabio,
que Fadrique habia de dar
à estos extremos lugar;
que Carlos, en fin es sabio,
cuerdo y prudente. *Fab.* Es asi.
Fed. Puesto que ya aqui llegué,
primero à Carlos veré.
Fab. No es aquel Enrique? *Fed.* Sí:
Enrique? *Sale Enr.* Dame, señor,
tu mano. *Fed.* Alzate del suelo:
qué hace Carlos? *Enr.* Con rezelo
lo diré. *Fed.* Habla sin temor.
Enr. Con Pernia todo el dia
le dexo en conversacion.
Fed. Quien es Pernia? *Enr.* Un bufon
Fed. Ya me acuerdo de Pernia,
pero advierte, que por quien
pre-

pregunto, es Carlos, Enrique,
no pregunto por Fadrique.
Enr. Por el respondo tambien,
porque él es con quien alcanza
el hombre que he referido
tal agrado, que aqui ha sido,
señor, toda su privanza.
Fed. Lisandro, su maestro, no
asiste à Carlos? *Enr.* No sé
como he de decirte. *Fed.* Qué?
Enr. Que à Lisandro despidió
despues de tanto servicio,
que à su tierra se ha tornado,
bien quejoso y mal premiado.
Fed. Pues, y aquel noble exercicio
de los libros? *Enr.* Ya no tiene
gusto en ellos, sino fuera
por mi, todos los hubiera
quemado; pero aqui viene
con él, de él sabrás mejor,
que nada te he encarecido.

Salen Carlos y Pernia.

Carl. Pernia, tu solo has sido
el Mercurio de mi amor;
y asi, contigo no mas
hablo ya de buena gana,
que en fin, me hablas de Diana.
Pern. Es asi, pero jamas
de quantas veces tu pena
consuelo, tu de la mia
te acuerdas. *Carl.* Toma, Pernia.
Pern. Por fuerza ha de ser cadena,
que es consonante forzado.
Fed. En mi vida no creyera,
que un solo instante estuviera
Carlos tan mal ocupado;
de esta novedad sabré
la causa: Carlos? *Carl.* Señor,
tu en Milan? *Fed.* No ha sido error
al verme, admirarte, que
con saber yo que tu aqui
estás, tambien me he admirado
ya de haberte à ti mirado.
Carl. Pues qué te admiras de mi?
Fed. El qué estás tan divertido,
Carlos, con ese juglar.
Pern. Mas qué me viene ahora à dar
el centenar prometido?
Fed. Y en tanta conversacion.
Carl. Algo me ha de divertir.
Fed. Tu, que solias decir,
que hombres inutiles son,
y que un loco solamente
puede à hombres de ese humor
hablar, lo escuches? *Carl.* Señor,
consejo muda el prudente.
Fuera de que si culpé
à quien con ellos trató,
fue, quando en ellos no halló
segunda intencion, en que
disculpar el mal gastado
tiempo. *Fed.* Y tu tienesle? *Carl.* Sí;
pues de él solamente oí
la ciencia que me ha agradado.
Fed. En qué ciencia (error notable!)
ese loco hablará bien?
Carl. En todas habla bien quien
habla en lo que quieren que hable.
Fed. Y Lisandro? *Carl.* Yo mandé,
que me dexase, y se fuese,
que estaba caduco *Fed.* Y ese
fue digno premio? *Carl.* Sí fue,
pues en quanto me enseñó,
facultad no le debí,
que me aprovechase aqui,
y desengañado yo
de haber echado de ver,
quan poco puede ayudar
el saber para el amar,
he aborrecido el saber.
Fed. Muchas replicas tuviera
esa maxima, si yo
quisiera arguir, mas no
he de hacer mas que una, espera:
Amor no es voluntad? di.
Carl. Voluntad es el amor.
Fed. Y no es potencia inferior
del entendimiento? *Carl.* Sí.

 Fed.

Fed. Luego es en este argumento
cierta, que para tener
voluntad, ha menester
tener uno entendimiento;
con que no me negarás,
si à la voluntad prefiere,
y manda, que el que supiere
mas, Carlos, amará mas.
Carl. El que à amar haya llegado
con la ciencia que le das,
concedo que amará mas,
mas no será mas amado.
Yo, que con entendimiento
à ver à Diana llegué,
quanto pude amar amé:
con que de mi sentimiento
estan mis discursos llenos,
como al efecto verás,
pues siendo quien quiere mas,
soy quien lo merece menos.
Y asi, no quiero saber
lo que me ha de preferir
en el modo de sentir,
y no en el de merecer.
Esté conmigo Pernia,
que à todas horas me habló
en Diana, y de quien yo
sé lo que hace cada dia.
Y no digo yo, que fuera
un hombre con quien ufana
mi melancolía estuviera,
que à un perrillo de Diana
el mismo agasajo hiciera.
Fed. Arguirte mas no intento,
por el pesar que me da
ver, que aborrecido ya
de ti está tu entendimiento.
Hablemos en lo que ha sido
lo que à los dos ha obligado
à haber la espada sacado,
que es à lo que yo he venido.
Carl. Eso preguntas? *Fed.* Pues no?
Carl. Pues ahí qué hay que discurrir?
quien nos envió à competir,
à reñir nos envió;
luego si habemos reñido,
compitiendo, no tenemos
culpa, pues antes habemos
nuestra obligacion cumplido.
Fed. En sagrados galanteos
la competencia es cortés.
Carl. Eso poner puerta es
al campo de los deseos.
Vive Dios si en tanto abismo,
yo à dividirme llegára
en otro yo, y este amára
à mi dama, que à mi mismo
yo mismo no me sufriera
competencias de igualdad,
y que en mi misma mitad
mis zelos satisfaciera.
Fed. Segun eso, tu habrás dado
la ocasion en esta accion!
Carl. Yo no he dado la ocasion,
mas tampoco la he rehusado.
Fed. Pues cuentame como fue.
Carl. Ya te acuerdas de que aqui
à una justa vine. *Fed.* Sí.
Carl. Y que à Fadrique conté
en tu presencia el suceso
de ella. *Fed.* De todo fui yo
testigo. *Carl.* Pues él contó,
que él habia sido, y por eso
colerico le busqué,
y matarle pretendí.
Fed. Estando Diana allí?
Carl. Esa mi ventura fue;
que si reñir bien mi fama
solicitaba, señor,
quando se riñe mejor,
que à los ojos de la dama?
Fed. De su respeto el precepto
no fuera justo que guardes?
Carl. Mas de un millon de cobardes
tiene en el mundo el respeto.
Fed. Y el estar tan deslucido
es tambien parte de amor?
Carl. Sí, que el descuido, señor,

es gala del desvalido.
Ande galan el dichoso,
que al uso de su cuidado,
quanto mas desaliñado,
mas galan está un zeloso.
Yo de Fadrique lo estoy,
y viendo que ha merecido,
por necio y por deslucido,
mas lugar en Diana, voy
haciendo por parecerle:
y asi, señor, hago aprecio
de ser deslucido y necio.
Fed. Con miedo llegaré à verle,
que si tu tan necio estas,
habiendo tan entendido
venido aqui, él, que ha venido
necio, habrá de estarlo mas.
Y aunque mi temor cruel
me llama à un tiempo y me admira,
à tu quarto te retira,
que le quiero ver à él:
Véte, pues. *Carl.* De buena gana:
Pernia? *Pern.* Seguirte quiero.
Car. Vén, que ha mas de un siglo entero
que no hablamos de Diana. *Vanse.*
Fed. Si asi está Carlos, qué hará
Fadrique? Fabio, no sé
qué genero de amor fue
este. *Fab.* Alli Marcelo está.
Sale Marcelo.
Fed. Marcelo? *Marc.* Señor, tus plantas
mil veces me da à besar.
Fed. Qué hace Fadrique? *Mar.* Estudiar.
Fed. Mas me admiras, mas me espantas
con eso, que con haber
visto à Carlos. *Mar.* Pues, señor,
por qué? *Fed.* Porque lo mejor
no es tan facil de creer,
como lo peor. *Marc.* De mi,
diciendolo yo, sí es.
Fed. Pues qué ha sido esto? *Mar.* Despues
que oyó de Diana aqui
no sé qué baldon, no ha habido,
con vigilante cuidado,
ciencia, que no haya estudiado;
maestro, que no haya tenido.
En qué agilidad, señor,
de lucido caballero,
no se señala el primero?
Fed. Raros efectos de amor
son estos, Fabio, que aqui
llegamos à ver! No sé,
si aun viendolo, lo creeré.
Sale Fadrique muy galan.
Fad. Tu voz, gran señor, oí,
y aunque, como dicha mia,
pude dudarla y temerla,
el deseo de creerla
me persuadió à que seria
verdad, siendo la primera
vez, en que mis ojos ven,
que diga verdad el bien.
Dame tus plantas, esfera
donde, como en centro, está
mi humildad. *Fed* Alza del suelo,
que aunque tambien de Marcelo
tu ocupacion dudé; ya,
oyendote, la creí.
Qué hacias? *Fad.* Desear saber,
señor, para merecer
una hermosura que vi;
porque está muy desayrado
con su dama un ignorante.
Fed. Pues es ciencia el ser amante?
Fad. De harto desvelo y cuidado;
porque aunque para sabella
no es menester estudialla,
pues el mas necio se halla,
sin pensarlo, dentro de ella;
para aprovecharla sí,
y no solo es ciencia amor;
pero no hay ciencia, señor,
que amor no contenga en sí.
La de artes, pues cada dia
todo silogismo es;
de filosofia, pues
natural filosofia
es; la de leyes tambien,

pues

pues para que bien se avenga,
no hay republica que tenga
mas leyes, que el querer bien:
Tambien es de astrologia,
que es ciencia de las estrellas,
y el amor consiste en ellas;
hasta la de teologia,
es, pues si tiene, señor,
de la teologia el efecto
à Dios mismo por objeto,
tambien es Dios el amor.

Fed. Aunque contigo enojado,
por lo que supe, venia,
persuadido à que seria
tuya la culpa, quitado
me has el enojo. *Fad.* Señor,
mia no mas fue la culpa,
que à un error no hay mas disculpa,
que confesar el error.
Y asi, enojado conmigo,
y no con Carlos estés;
yo le ocasioné, y si es
justo darme à mi castigo,
à tus pies estoy. *Fed.* Levanta.

Fad Si no es perdonado, no
me levantaré *Fed.* Quien vió
en los dos novedad tanta?

Marc. A buscarte con Diana,
señor, aqui el Duque vuelve.

Fed. Pues retirate de aqui,
hasta que su enojo cese.

Fad. Ay bellisima Diana,
qué de cuidados me debes! *Vase.*

Sale Filiberto, Diana, Estela y Damas.

Dian. Vuestra Alteza, gran señor,
venga con bien à esta breve
Corte suya, que incapaz
de tan generoso huesped,
corrida está. *Fed.* Vuestra Alteza,
si tanto favor merece
mi humildad, me dé su mano;
y crea que, si es que debe
correrse de algo su Corte,
será de que en mi no albergue
mayor planeta, porque,
si hacen palacios los reyes,
los soles harán esferas,
y esta lo es, pues tantos tiene.

Dian. De vuestra salud mi padre
meinformó *Fed.* La vuestra aumente
el cielo, como deseo,
que asi será la del fenix.

Fil. La paz pondré yo entre tantos
cumplimientos tan corteses,
suplicandoos que vengais
à vuestro quarto. *Fed.* Obediente
estoy: si aqui vuestra Alteza
no queda, mi amor se ofende.

Dian. Yo me quedaré, si en eso
mi humildad os obedece.

Fed. En toda mi vida vi
hermosura mas prudente.

Vanse los hombres.

Est. Ya, señora, no podrás
dilatar mas el haberte
de declarar por el uno
de los dos que te pretenden.

Dian. Ay Estela, ay prima, no
mis desventuras me acuerdes,
pues hoy, como mitad mia,
tan de cerca las adviertes.

Nis. Como quieres ya escusarte?

Clor. No es posible. *Dian.* Como quieres
que no me escuse, mirando
que à su principio se vuelve
la duda, pues es la misma
que fue antes? *Est.* De qué suerte?

Dian. Primero me persuadí
à que el de mi afecto fuese
Fadrique, y viendole necio,
traté olvidarle y perderle.
Supe despues que fue Carlos,
y quando ufana y alegre
por él quise declararme,
(hallando en él juntamente
el merito de su aliento,
y el influxo de mi suerte)
veo que tan desatento

en sus acciones procede,
que delante de mi saca
la espada, y despues se atreve
à pedirme cara à cara
zelos, y tan imprudente,
en fin, que su ingenio ya
mas, que me obliga, me ofende.
Pues si uno es necio, otro loco,
como quereis que yo llegue
por ninguno à declararme?
antes me daré la muerte.

Est. Fadrique, señora. *Dian.* Di.

Est. Hácia aquesta parte viene.

Clor. Lindo ingenio, para que
en tus dudas te aconseje.

Est. Qué dirá de disparates!

Sale Fad. Si pensára que estuviese
aqui vuestra Alteza, antes
que de mi quarto saliese,
con rezelo de su enojo,
(pues lo es el llegar à verme)
me dexára en él, señora,
morir, haciendole breve
sepulcro de un desdichado,
como su inscripcion dixese:
Aqui un infelice yace,
que muere, porque no muere.

Dian. No estoy yo tan poco atenta,
de urbanidad à las leyes,
que me ofenda de que vos
me hableis hoy, quando sucede
el acaso de encontrarme
aqui, que si algunas veces
me ofendí, fue porque fue
cuidado; y es diferente
un cuidado que se niega,
à un descuido que se ofrece.

Fad. Esa distincion, señora,
de que tan sutil me advierte
vuestro soberano ingenio,
no era justo que la hiciese
yo, que no me toca à mi
mas de saber quanto ofende
un desvalido que adora
à una deidad que aborrece.
Y asi, no advertí que aquesta
ocasion, señora, fuese
acontecida ò buscada,
que el que sus errores teme,
nunca à la disculpa acude,
por ir à la culpa siempre.
Pero ya que disculpado,
(vos lo dixisteis) merece
mi deseo esta ocasion,
bien será que la aproveche.
Dame licencia de que
à vuestros pies obediente
una merced os suplique.

Dian. Ya la teneis, si sois breve.

Fad. Eso, señora, es negarla.

Dian. Por qué? *Fad.* Porque quien ofrece
debaxo de un imposible,
antes niega, que concede.

Dian. Qué imposible os he pedido?

Fad. Qué mayor hallarse puede,
que ser breve un ignorante?

Dian. Pues decid lo que quisiereis,
que ignorancia confesada,
mucho de cordura tiene.

Fad. Yo, señora, os supliqué
alguna vez, que me hicieseis
merced de que os declaraseis,
sin atender neciamente
à quan remoto el consuelo
está para el que os perdiere:
imaginaba yo entonces,
que podría ser que fuese
yo el dichoso: mal he dicho;
porque no tan solamente
lo imaginaba, mas ya
lo creia. Qué imprudente,
aconsejado consigo,
à sí mismo no se cree?
Desengañóme un desayre,
y de un instante à otro, halléme
de mas allá de mis males
aun mas acá de mis bienes.
Traté curarme à experiencias

que

que hice en mi mismo, de suerte,
que aunque mal convalecidó
estoy de aquel accidente
de mi ignorancia, temiendo
quanto quien os pierde, pierde;
suplico, que dilateis
la sentencia de mi muerte,
hasta que acabe la cura:
que, en fin, la herida mas fuerte,
si blanca mano la hálaga,
sana mas, y menos duele.

Dian. Dos admiraciones son
las que vuestra vóz me advierte,
una lo que emprende, y otra
el modo con que lo emprende.
La pretension y el estilo
me han suspendido dos veces;
y asi, no sé responderos,
hasta saber como pueden
el valor, ingenio y gala
mejorarse. *Fad.* De esta suerte:
De gala, ingenio y valor
amor es dueño, pues fuera
cierto, que ingenio no hubiera,
gala y valor sin amor;
el hombre que con mayor
perfeccion lucir desea,
y en solo salir se emplea
mas galan que el mismo Apolo,
amor lo hace, pues es solo
porque su dama le vea:
El que mas ansia ha tenido
de mirarse señalado
por su ingenio, y celebrado
de cortesano entendido,
la principal causa ha sido
amor, para que pretenda
en una y otra contienda
de ingenio, por varios modos,
verse aplaudido entre todos,
porque su dama lo entienda:
El que mas vanaglorioso,
coronado de victorias,
en las humanas historias
hizo su nombre famoso,
amor es el poderoso
afecto, que à ellas le llama,
no es solo opinion y fama
las que le ilustran valiente,
pues lo hace solamente,
porque lo escuche su dama.
Yo asi, como nunca he amado
hasta ahora, ni he tenido
dama, ni galan he sido,
ni entendido, ni alentado;
pero ya que enamorado
sigo la imposible estrella
de la hermosura mas bella,
los medios he de buscar,
que con nadie quiero estar
mas ayrosa, que con ella. *Vase.*

Dian. Has visto, Estela, en tu vida
estilo tan diferente?

Est. Yo lo he escuchado, dudando
ser él. *Salen Pernia y Carlos.*

Carl. Dexame. *Pern.* Advierte.

Carl. Ya no hay qué, pierdase todo,
pues que Diana se pierde.

Pern. Ya se vistió de amarillo
este Principe excelente.

Dian. Conmigo venid. *Carl.* Aguarda,
y pues otro lugar tiene
de hablar, tengale yo, que
soy quien mejor lo merece.

Dian. Nadie para hablar conmigo
lugar mereció; y si puede
llegar à tener alguno,
tenerle, no es merecerle:
fuera de esto, quando fuera
verdad que otro le tuviese,
nunca estabais vos mas lejos
de tenerle, si se advierte
que no soy yo en quien podia,
por irse aquél, llegar este.

Carl. Si tuviera entendimiento
yo con que advertir pudiese,
que ninguna accion es mia,
la advirtiera; mas no puede

pro-

proceder mas atinado
quien sin discurso procede.

Dian. Pues yo me acuerdo de oir
alabaros de prudente.

Carl. Yo tambien, pero era quando
procedia libremente,
desocupado mi ingenio
de la prision que hoy padece.
Ya ninguna accion es mia,
que embargadas me las tiene
una pasion poderosa
à que ni atienda, ni piense,
ni imagine, ni discurra.

Dian. Pues qué pasion hay que fuerce
al entendimiento? *Carl.* Amor.

Dian. Yo vi efecto diferente,
pues se puso en libertad.

Carl. No amaba como yo ese.

Dian. Luego errar es amar? *Carl.* Sí.

Dian. De qué suerte? *Carl.* De esta suerte
De gala, ingenio y valor
por ruina amor se señala;
pues no hay ingenio, ni gala,
ni hay valor, donde hay amor:
El hombre, que con mayor
perfeccion galan se llama,
en el instante que ama,
de sí se dexa olvidar,
que hay muchos de quien cuidar
en solamente una dama:
El que mas desvanecido
del ingenio que alcanzó,
se dió à sus estudios, dió
sus estudios al olvido,
en habiendo amor tenido;
y solo à su dama, atento
hace discursos al viento,
porque tibiamente adora
quien por su dama, señora,
no pierde el entendimiento:
El que mas noble y augusto
en la lid llegó à mirarse,
en llegando à enamorarse,
le cedió el valor al gusto;
siendo el trofeo mas justo,
y la victoria mas cuerda,
que por su dama se pierda
todo, y con dama no hay fama,
pues se olvida de su dama,
quien de su fama se acuerda.
Luego habiendo yo olvidado,
señora, mi lucimiento,
mi valor, mi entendimiento,
yo estoy mas enamorado;
nada, pues, me dé cuidado,
que si todo lo atropella
una hermosa deidad bella,
de nada me he de acordar,
pues con nadie quiero estar
mas ayroso, que con ella.

Dian. No me obligueis à deciros,
que habeis echado imprudente
à perder una ocasion,
que, perdida, tarde vuelve.
Y que ya resuelta: pero
qué digo? mi lengua miente,
nada me creais, y baste
saber (y esto aqui se quede)
que si finezas obligan,
desatenciones ofenden.

Vanse todas las damas.

Carl. Espera, detente, aguarda,
sepa yo, señora: Fuese
sin escucharme. Mal haya
pasion, que llegó à ponerme
del monte de la fortuna
hoy en la cumbre eminente;
pues fue solo para que
al abismo me despeñe
de mis desdichas, que un triste
solo à despeñarse crece.

Sale Pern. A avisarte de que va
Diana al jardin, por si quieres
seguirla, vuelvo. *Carl.* Ay Pernia!
ya no hay para que lo intente.

Pern. Pues toquente las folias,
baylaráslas lindamente.

Carl. Qué ya espiró mi esperanza!

Da voces, y sale el Duque Federico.

Fed. De qué das voces? qué tieues?

Carl. Qué sé yo, ni para qué
lo pregunta quien no puede
remediarlo? *Fed.* Pues qué estilo,
qué modo de hablar es ese?

Carl. El que me enseñó el dolor.

Fed. De quando acá de esta suerte
hablas tu? *Carl.* Como he de hablar
si he perdido (dolor fuerte!)
la ocasion de merecer
la deidad mas excelente,
que en el templo del amor
colocó estatuas de nieve,
coronadas de jazmines,
y ceñidas de claveles?

Fed. Estás loco? *Carl.* Quien lo duda?

Fed. Pues tu, que en ingenio excedes
los mas doctos?

Carl. Sí, que amando,
no le tiene quien le tiene.

Fed. Mira. *Pern.* Considera. *Car.* Hareis
los dos que me dé la muerte;
y si no lo hago, es, por dar
à mis desdichas crueles
este gusto, de quedarme
con la vida que lo siente:
y tanto el sentirlo estimo,
que à pesar de mis desdenes,
à despecho de mis ansias,
hoy vivo, porque no cesen
de una vez todos mis males,
que son mis mayores bienes. *Vase.*

Fed. Espera, Carlos, escucha.

Pern. Aguarda, Carlos, detente.

Fed. Siguele, Pernia. *Pern.* Primero
siguiera un pleito. *Vase.*

Fed. No tiene
esto mas que un medio, y es,
que declare quien merece
ser mas dichoso, Diana,
de los dos que la pretenden,
pues con esto cesará
la competencia; y quien fuera
tan desdichado, que pierda
fortuna tan excelente,
ausencia y tiempo le curen;
porque nadie convalece
de amor, mejor, ni mas presto,
que un enamorado ausente.

Vase, y salen todas las damas.

Est. Triste estás. *Dian.* Como pudiera,
Estela, estar mas alegre
quien hoy sitiada se mira
de pasiones tan crueles?

Est. Si hubiera de ser, señora,
yo quien la sentencia diese,
presto me resolveria
dando el premio à quien mas debe
amor. *Dian.* Qual de los dos fuera?

Est. Qual? El que se hizo prudente,
cuerdo y atento de necio,
eligiera solamente.

Flor. Es verdad, mas por usado
estilo juzgar se debe
ser de amor, y esotro pudo
causarse de otro accidente.

Sale Fadrique al paño.

Fad. Cobarde mi pensamiento,
(haciendo de aquestas verdes
hojas, y texidas ramas
zelosias y canceles)
desde esta parte à Diana
verá, pues que no se atreve
à pasar de aqui, por no
aventurar si se ofende. *Sale Carlos.*

Carl. Ya que han de morir mis penas
à manos de sus desdenes,
muera, sabiendo Diana
la enfermedad de que mueren.
Aunque no sé qué temor
al mirarla me suspende,
que pasar de aqui no puedo,
hecho una estatua de nieve.

Salen los Duques y gente.

Fil. En esta parte Diana
con sus damas se divierte.

Fed. Pues discurramos primero,

que à hablarla en esto se llegue,
el mejor modo de hacer
que se declare à quien quiere.

Sale Clori.

Clor. Ya el instrumento está aqui,
à la letra, y tono atiende.

Cant. Quien me dirá qual ha sido
amor de mayor aprecio,
el que hace entendido al necio,
ò el que hace al necio entendido?

Dian. Aquesa es mi confusion.

Fad. Buena ocasion se me ofrece
de llegar à hablar. *Carl.* Parece
que amor me dió la ocasion
para hablar en mi pasion.

Fad. Pues el favor ò el desprecio
de uno buscamos, en precio
nuestro la letra ha venido.

Canta Flor. Quien me dirá qual ha sido
amor de mayor aprecio?

Fad. De aquesa letra la duda
licencia de responder
à ella ha dado.

Carl. Yo he de ser
quien à responder acuda.

Fed. A esa question os ayuda
nuestra venida, que ha sido
la que apurar ha querido
de vos qual merece el precio.

Canta Flora.

Flor. El que hace entendido al necio,
ò el que hace al necio entendido?

Fad. Mio ha de ser en rigor
el mas digno premio, pues
siempre mejor causa es
la que hace efecto mejor:
luego si la de mi amor
hizo en mi mejor efecto,
quanto hay de un necio à un discreto,
mas noble amor es, señora,
el que un sugeto mejora,
que el que destruye un sugeto.

Carl. Concedo quan mejor es
cuerdo hacerse un ignorante,
mas no es eso en un amante
merito, sino interes:
si tu has mejorado, pues,
yo empeorado; y siendo asi,
tu ganaste, y yo perdí:
si fue causa Diana bella,
tu à ella lo agradece, y ella
agradezcamelo à mi.

Fad. Mas tiene que agradecer
quien da en qualquiera ocasion
la causa à una ilustre accion
de ganar, que de perder:
luego yo he venido à ser,
valiendome tu concepto,
à quien tiene en este efecto,
que agradecer tu fortuna,
pues la obligamos, yo à una
perfeccion, y tu à un defecto.

Carl El alma, como es esencia,
siempre à saber aspiró,
amor, como es pasion, no:
luego adquirir una ciencia
no es amor; sí, en su violencia
perderla: luego en rigor
los defectos del amor
son perfecciones; y es tanto
mayor la perfeccion, quanto
es el defecto mayor.

Fad Que el alma aspiró à saber,
como esencia pura, yo
lo concedo; pero no
que el defecto pudo ser
perfeccion en el querer;
porque aunque amor en tal calma
solo es pasion, à la palma
irá de la esencia, pues
quien pasion del alma es,
costumbres tendrá del alma.

Carl. Luego estando el alma ya
solo en querer ocupada,
su pasion acostumbrada
solo à querer estará;
luego tiempo no tendrá
de estudiar, ni de saber,

pues

pues la ciencia del querer
el tiempo la eſtá quitando;
luego es mas fineza amando
ignorar, que no aprender?
Fil. Aqueſta queſtion de amor
ya no te dexa, Diana,
mas que diſcurrir, y es fuerza
que declares quien alcanza
mayor merito. *Fed.* Yo humilde
te lo ſuplico à tus plantas,
porque ceſen de una vez
los efectos con la cauſa.
Clor. Qué dudas?
Niſ. De qué rezelas?
Eſt. Qué es lo que eſperas?
Pern. Qué aguardas?
Dian. Igualmente de los dos
convencida y obligada
eſtoy, viendo dos efectos
tan opueſtos de una cauſa.
Igual el extremo ha ſido,
aunque con accion contraria;
y asi, es fuerza que à ninguno
prefiera. *Pern.* Quanto me holgára
de que à ninguno eſcogiera,
y la Comedia acabára,
quedando eſta vez ſolteros
los galanes y las damas.
Dian. Y asi, dexando à las dos
paſiones de amor extrañas
en ſu eſtimacion, quedando
en igual credito ambas;
y acudiendo à haber tenido,
antes que mi amor llegára
à aqueſta experiencia, à Carlos
inclinacion reſervada
deſde el dia que le vi
en el feſtin con mil galas,
y con mil victorias luego
en la tela: él ſe ſeñala
por dueño ſuyo. Mi voz
poco, Fadrique, os agravia,
pues no os prefiere porque
ſu amor excedido os haya,
ſino ſu eſtrella, primero
que à veros à vos llegára.
Fad. Yo eſtoy tan deſvanecido,
hermoſiſima Diana,
de que cuerdo he parecido,
que no quiero eſta alabanza
malograr con los extremos
de mi necedad paſada;
pues es la mayor cordura,
que el arte de amor alcanza,
ſaber ſufrir una pena,
y ſentir una deſgracia.
Carl. A mi me da, Diana bella,
à beſar tu mano blanca,
que ſi amor me hizo indiſcreto
con penas, deſvelos y anſias,
cuerdo me hará con favores.
Pern. Con que en la Comedia acaban
de una cauſa dos efectos,
y nacerán de otra cauſa
otros dos guſtos, ſi es buena,
y perdones, ſiendo mala.

FIN.

Con Licencia. Barcelona: Por Francisco Suria y Burgada, Impreſor, calle de la Paja.

A costas de la Compañia.